

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

osario en el Caribe

peter debry



SS **SERVICIO SECRETO**



PETER DEBRY

OSARIO EN EL CARIBE

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.153
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal: B. 31.497 - 1972
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: setiembre, 1972

© PETER DEBRY - 1972

texto

© JORGE SAMPER - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.282. — La muerte no descansa.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.140. — Cuatro de Alcatraz.

En Colección BÚFALO:

950. — Cazador de apaches.

En Colección CALIFORNIA:

807. — La muerte a la grupa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

805. — La ley de los pistoleros.

En Colección COLORADO:

761. — El retorno del fusilado.

En Colección PUNTO ROJO:

525. — Ronda de verdugos.

En Colección ASES DEL OESTE:

663. — La marca del desesperado.

En Colección KANSAS:

720. — Banda de embrujados.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

87. — Tierras malas.

En Colección BRAVO OESTE:

550. — Dos para un patíbulo.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

10. — Tumbas tempranas.

CAPÍTULO PRIMERO

La isla Flamingo formó parte de una de las posesiones holandesas en el Caribe. La capital tiene la arquitectura de los Países Bajos, pero la mayoría de sus pobladores son negros.

En Flamingo se dan cita contrabandistas, traficantes de cuanto pueda ofrecer ganancias, espías y aventureros de toda laya.

Stuart Driscol había llegado allí dos años antes. Compró una lancha motora dispuesto a enriquecerse con lo que fuera. Pero al término de dos años apenas podía comprar la gasolina necesaria para el funcionamiento de su canoa.

Ganaba dos florines por semana llevando galones de combustible a los buques que no anclaban en el puerto sino fuera de los malecones por la brevedad de su escala.

Stuart Driscol esperaba «su barco». Era la expresión simbolizando la llegada de la suerte. Y «su barco» llegó.

Al menos esto creía cuando Waldo, el negro que a veces le ayudaba, cuando su repugnancia al trabajo sufría una breve derrota, vino a su embarcadero.

—¡Llegó su barco, máster Stuart!

Dos años de fallidas esperanzas habían agriado el carácter, ya de por sí duro, de Driscol. Pero apreciaba al negrazo que de los siete días de la semana, dormía cuatro, se emborrachaba dos y trabajaba uno.

—Ya te ha vuelto a fiar licor el maldito loco de Jimmy. Si cree que te lo pagaré, va equivocado. Me hartas ya, Waldo. Eres un borrachín gandul...

—Sí que lo soy, pero no lo niego —rio el negro añadiendo con su acento cantarino—: Pero usted sabe que yo le quiero, máster Stuart.

—¡Aparta, apestoso! —dijo gruñón el americano saltando de su lancha a la plataforma de maderos—. No estoy de humor para majaderías.

El negro acompasó su andar a la larga zancada del membrudo americano.

—¿Cuántos florines son quinientos dólares, máster Stuart?

—¿Cuántas moscas caben en tus carnes? Te he dicho que no estoy para oír tus ensueños.

—En el bar de Jimmy hay cuatro tipos que preguntan por alguien que tuviera una canoa propia. Me acerqué, me invitaron a un copetín; un solo copetín, lo juro...

—Al grano.

—Yo les dije que la mejor canoa de la isla la tenía usted. Y que yo era algo así como su segundo de a bordo. Bueno, no tiene por qué mirarme así, máster Stuart. A veces me lleva usted a trabajar.

—Un día por semana, que además escoges tú. ¿Y qué dijeron ellos?

—Que fuese usted a hablar con ellos, y que pagaban quinientos dólares por un viaje.

—Muchos dólares son. Vamos allá.

En el bar de Jimmy una camarera le susurró a otra:

—Ahí viene el matón y malhablado de Stuart.

Entró Driscol seguido por Waldo. La camarera saludó ácidamente:

—Hola, tiburón.

—Hola, sirena. Cada día más guapa. Avísame cuando te cases para que le dé el pésame a tu víctima.

—Muy gracioso. Allá en la habitación del fondo te esperan cuatro posibles clientes.

Atravesó Driscol la cocina y en un reservado que le indicó el dueño de la taberna vio sentados alrededor de una mesa a cuatro individuos.

Uno de ellos, corpulento, cara grande y voz gutural, espetó en perfecto inglés de Manhattan:

—¡Largo de aquí, negro! Ya está aquí el capitán. Siéntese. ¿Cómo se llama, capitán?

—¿Y usted cómo se llama? —replicó Driscol, sentándose.

Lo hizo colocando el respaldo de la silla delante del pecho. Una posición muy útil en determinados casos.

—Bueno, no importan nuestros nombres. Lo que importa es que tengo quinientos dólares y usted una canoa. ¿Quiere una copa?

—Despué.

—¡Tómese una copa, mald...!

Intervino uno de los tres restantes:

—Basta, Robert. ¿No puedes hablar sin ponerte pesado?

—¿Quién se ha puesto pesado? Le invité a beber y...

—No he venido a beber, sino a hablar de negocios.

—Vamos al asunto. ¿Cuánto quiere por la canoa, grandullón?

—Depende de lo que quiera hacer con ella, gordo.

Rieron los otros. El corpulento Robert hizo una mueca.

—Algo pirata, ¿no? Vamos al asunto. Queremos la canoa para llegarnos hasta la costa venezolana.

—Hay aviones, barcos y toda clase de comodidades. En primera de lujo les saldría el viaje mucho más barato.

—Habla usted mucho, grandullón.

—Antes, sí, pero después ni palabra, gordo.

Intervino el joven de antes:

—Este es el marino que nos hace falta, Robert.

—¿A qué parte de la costa quieren ir?

—A la más cercana en línea recta. Conducirnos y dejarnos en tierra.

—Entreguen los quinientos a Jimmy y digan la hora de salida.

—Doscientos cincuenta a Jimmy, y los otros doscientos cincuenta se le entregarán a usted al llegar.

—No.

—¿No fía de nosotros?

—Escuche, gordo... No sé quiénes son, ni qué asunto les lleva, ni si los van a recibir a tiros. Tengo que cruzar el mar y en todo caso es mi canoa la que arriesgo. Les llevo por quinientos entregados a Jimmy, ahora mismo, o cuando se hayan decidido. ¿Qué no? Pues ni les he visto ni me acuerdo. ¿Está claro?

Los cuatro se pusieron a hablar en español. El corpulento Robert dijo:

—Más vale quitarlo de en medio. Ahora mismo.

Driscol fingía mirar el techo. No pestañeó siquiera al oír la amenaza del llamado Robert que en inglés preguntó:

—¿No habla español?

—Nunca lo he podido aprender. Y aquí, en inglés, todos se entienden.

—Bueno. Ignoro aún cuándo embarcaremos. Pero tan pronto lo decidamos entregaremos a Jimmy el dinero, y usted estará con la canoa en el sitio y hora que dejemos dicho.

—De acuerdo. Me voy. Hasta cuando quieran, o hasta nunca. Mientras, si nos vemos, no es necesario saludarnos. Somos desconocidos. Abur.

Abandonó la salita. Ya en la calle, volvióse:

—¿Por qué me sigues, negrazo?

—Escuché, máster Stuart. La cosa es canela de la fina.

—Y la cosa puede terminar también viéndonos metidos en la panza de un tiburón cosidos a balazos. Nadie da quinientos dólares por un viaje, que normalmente pueden hacer por muchísimo menos.

—¿Se raja, máster Stuart?

—¿Tengo cara de hacerle ascos a quinientos dólares?

—Yo voy con usted.

—No. Si voy, iré solo.

—Voy con usted, máster Stuart. Solo tendrá que darme cinco dólares que ya me he enterado que son cincuenta florines.

—Un mes de vacaciones, ¿no, negrazo? Bueno, ven, si quieres. Pero ya te he avisado que hay peligro. Ahora vamos a llenar los tanques.

Era ya de noche cuando llegó la camarera.

Waldo dormía tendido en la pasarela que comunicaba la canoa con la plataforma, mientras Driscol arreglaba unos anzuelos.

—Hola, chistoso.

—Hola, hermosa.

—Jimmy me envía a decirte que mañana a las once, exactamente a las once, tengas la canoa arrimada a la escalera del puente alto. Que todo está en orden. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente.

—Oye, tiburón; echan una película magnífica en el Najdoor. Se titula «Quiéreme esta noche»...

—¿A las once de la mañana o de la noche dijo Jimmy?

—De la mañana. ¿Qué hay del cine?

—Allá vamos. No tengo sueño.

Driscol despertó a Waldo, simplemente pasando por encima suyo sin tocarle. Crujieron las tablas de la pasarela.

—Voy a pasear al claro de luna. Vigila, no te roben nada.

Cuando regresó a bordo eran las dos de la madrugada. Waldo roncaba, atravesado en la pasarela. Abrió un ojo, y al reconocer al que le pasaba por encima, volvió al poco rato a roncar.

Driscol deslizó en el sollado de la canoa un estuche alargado. Levantó la escotilla de motores, y sacando del estuche el fusil ametrallador lo dejó donde no pudiera verse.

Junto a los motores, ajustó la culata al fusil, sujetándolo contra el techo, de forma que quedara oculto desde arriba. Encajó uno de los cargadores. Los otros tres los colocó bajo un depósito de gasolina.

Durmió pronto, con sueño profundo, y, no obstante, alerta. Hacía ya dos años que dormía así en su canoa.

A las diez de la mañana llegaba la canoa al punto señalado. Atracó junto al rellano de la corta escalera. Más que un muelle era un corto malecón desde una plaza hasta otro puente.

El negro Waldo estaba en cubierta preparando cebos. Driscol se hallaba tras la palanca volante, calentando los motores. A las once menos dos minutos reconoció Driscol a dos de los que le habían contratado la canoa.

Estaban sentados en un banco, a unos veinte pasos de la canoa. Parecían absortos leyendo periódicos.

Vio también al extremo del malecón y cerca de una casa de la plaza, al corpulento Robert y al joven de rostro simpático que por dos veces había intervenido en la conversación.

Estaban esperando a alguien. Driscol se desentendió de ellos, para vigilar sus motores. Cuando volvió a mirar fue al oír, procedente del malecón, un ruido que parecía el petardeo de algún motor.

Vio que de la casa acababa de salir un hombre que se llevaba las manos al pecho, soltando una cartera que asía con la derecha.

La recogía el joven mientras Robert disparaba y corría. Sus disparos iban dirigidos hacia dos individuos que salían de la casa.

Los dos que hasta entonces leían los periódicos, los soltaron, y puestos en pie, esgrimieron sendas pistolas.

El corpulento Robert llevaba un ametrallador «Thompson», y se detuvo una vez en su carrera hacia la canoa, para volverse y disparar.

Disparos, carreras, estrépito y gritos no duraron más de dos minutos. Los cuatro hombres saltaron atropelladamente a la canoa.

—¡En marcha! —ordenó Robert apoyando la boca del cañón de su ametrallador en la espalda de Driscol—. ¡Venga, pronto, capi!

—Poco a poco —replicó Driscol—, y apunte a otra parte.

—¡Tú, suelta las amarras! —le gritó otro a Waldo.

—Un momento, un momento —dijo trémulo el negro—. No ponga en marcha, máster Stuart. Estos son atracadores y...

El llamado Robert volvióse apuntándole con el ametrallador.

—¡No tire, no tire! —gimió Waldo.

Robert disparó de tan cerca que los tres balazos restallaron contra el pecho del negro como tres manotazos.

Con los ojos dilatados al máximo y la boca abierta, Waldo doblóse sobre sus rodillas. Tenía cara como de querer decir una vez más: ¡No tire!

Uno de los atracadores cortó con un cuchillo las amarras.

Encañonando a Driscol, gruñó Robert:

—Te vuelo la cabeza, si no pones esto en marcha.

CAPÍTULO II

Pasado el primer desconcierto, en el malecón iban agrupándose curiosos. Rodeaban a los tres hombres caídos. Venían hacia la canoa.

Driscol viró para buscar camino libre entre los pilotes. Allí cerca, con la cabeza torcida a un lado, y sobre un charco de sangre, yacía Waldo.

Los pilotes del embarcadero quedaron atrás al salir del fondeadero. La canoa, rauda como una centella, pasaba ahora por delante del muelle del faro.

—Vamos. ¡Más marcha! —apremió Robert.

—Quítame este fusil de las narices —dijo Driscol.

En español conminó Robert:

—¡Al suelo todos! ¡No dejéis de apuntar al capitán!

Tumbóse a popa, empujando a Waldo al sollado, donde los otros tres estaban ya tendidos.

Driscol, manipulando el volante, miró atrás. Robert había sacado del bolsillo una caja de cartuchos y con el fusil al lado, estaba llenando cargadores. Lo hacía sin mirar, al tacto, dirigiendo la vista atrás, por si les perseguían.

Los otros, menos uno que vigilaba a Driscol, miraban también atrás. El que le vigilaba le hizo con la pistola una seña para que mirara hacia adelante.

Habían ya recorrido unas cuatro millas. Dos blancas canoas de pesca daban vuelta al rompeolas y enfilaban hacia ellos. Eran las lanchas de Hans y de Raybin. No hacían más allá de las diez millas. Imposible que les alcanzasen.

—¡Mira, Robert! —y señaló hacia atrás el joven de cara simpática.

Lejos, tanto, que apenas se veía, saltaban repentinos salpicones de agua.

—Están disparando contra nosotros, los muy necios. Como si a

esta distancia... Será para asustarnos.

Robert preguntó:

—¿Vamos bien, capi?

Driscol no contestó. Pensaba en Waldo.

—¿Qué te pasa? ¿Has perdido la lengua?

—¿Cuál era la pregunta?

—Si había algo que nos pueda alcanzar.

—El avión guardacostas.

—Está de servicio al sur. Nos enteramos.

—Pueden avisarle por radio.

—¿Crees que puede venir el avión?

—No hay apuro. Si viene, lo verás tan bien como yo.

El joven se acercó a la brújula. En voz baja preguntó Driscol:

—¿Por qué dejaste a este cerdo de Robert matar a mi compañero?

—Calla. Si te oye, te liquidará a ti también.

Los otros dos yacían en el asiento construido sobre los depósitos de gasolina. Tenían cara de mareados, y uno de ellos se apoyaba en la borda con el busto casi afuera.

—Toma el volante —le dijo Driscol al joven—. ¿Ves el rumbo? Mantienes la flecha a dos veinticinco.

—¿Dónde vas?

—Tengo sed. ¿Qué pensáis hacer conmigo?

—Yo, personalmente, no quiero matarte. Detesto matar...

Driscol fue a popa. Le pidió a Robert:

—Dame un trago. ¿Aquella canoa? Es de las guardacostas, pero no podrá alcanzarnos.

Driscol había prescindido de la cólera, del odio y de la dignidad. Estaba haciendo planes para exterminar a la cuadrilla.

—¿Quieres un trago, capi? Toma.

Driscol bebió un largo sorbo. Luego, miró el cuerpo de Waldo, y sintió en el estómago algo que definió como «gananas de matar».

—¡Eh, despacio, grandullón! —protestó Robert—. Si bebes así, vas a dejarme sin líquido.

—Yo tengo más.

—¿De qué jugo?

—Ginebra. Voy a por ella.

Al ir hacia proa, pasó por encima del cadáver de Waldo.

Agachándose buscó con la mano una de las botellas de ginebra que tanto cariño le inspiraban a Waldo y la llevó a popa. Tras tomar un trago, la tendió a Robert. Y miró otra vez fijamente el cadáver.

—¿Qué te pasa? ¿Te da miedo el fiambre de un negro? —preguntó Robert, riendo desdeñosamente.

—Estoy pensando que sería preferible echarlo al agua. No tiene objeto llevarlo a bordo.

—Tienes sentido común, capi.

—Agárralo por los sobacos. Yo le cogeré por las piernas.

Robert dejó el «Thompson» en el suelo de la amplia popa y, agachándose, levantó el cadáver por los hombros.

—La cosa más pesada del mundo es un hombre muerto —dijo Robert—. ¿Habías ya levantado alguno, capi?

—No. Y tú, ¿has levantado alguna vez una mujer muerta?

Robert reclinó el cadáver contra la borda.

—¿Echamos otro trago, capi?

—Vale.

—Mira, siento haber matado al negro. Cuando te mate a ti aún lo sentiré más.

—¿Tengo que reírme o no hace falta?

—Bueno, al trabajo —dijo Robert.

Cuando se inclinaron deslizando el cadáver por la borda, Driscoll pegó un puntapié al fusil ametrallador tirándolo por la abertura inferior, al mismo tiempo que caía Waldo.

Pero así como Waldo antes de hundirse, dio dos vueltas en el agua, blanca y burbujeante, removida por la hélice, el fusil ametrallador se fue derecho al fondo.

—Así está mejor. Menos vistoso —dijo Robert.

Se agachó para recoger su arma. Al ver que había desaparecido, gruñó receloso:

—¿Dónde está? ¿Qué has hecho con él?

—¿Con quién?

—¡Con el fusil! —gritó Robert furioso.

—Ni lo he visto.

—Lo has tirado. Ahora es cuando te voy a matar, ¡ahora mismo! Dame una pistola —dijo en castellano a uno de los mareados—. ¡Dame pronto tu pistola!

Driscoll se quedó quieto. Nunca se había sentido tan alto, tan

ancho. Notaba que le corría el sudor desde los sobacos a todo lo largo del cuerpo.

—Matas demasiado —oyó que replicaba en castellano uno de los dos mareados—. Ya has matado al marinero y ahora quieres cargarte al capitán. ¡Rediez, cómo se mueve este condenado trasto! Si matas al capitán, ¿quién grajo va a ser el que nos lleve a tierra?

—Déjalo en paz —dijo el otro—. Mávalo cuando toquemos tierra.

—Ha tirado mi fusil al agua, este perro yanqui gringo —replicó irritado Robert—. Estáis equivocados. Debemos matarle ahora mismo. ¡Venga una pistola!

—Calla la boca, releñe. Estás borracho. Cada vez que bebes más de la cuenta, te da el capricho de matar.

Robert miró fijamente a Driscol y dijo en inglés:

—Voy a matarte. Lo hiciste a propósito. Por eso quisiste arrojar al mar el fiambre.

—Si me liquidas, ¿quién te llevará a tierra segura? No se ve la costa y no daréis con ella. Cálmate. Yo voy a examinar los motores.

Se fue. Levantó la escotilla, apretó las tuercas de los engrasadores, y tocó con la mano la culata de su fusil ametrallador.

Miró afuera. Los dos mareados, yacían casi desmadejados. El del volante, de espaldas a él, se recortaba claramente.

Volvióse Driscol para observar a Robert, que despatarrado en la silla de a popa, se perfilaba contra el agua.

«Veintiuno por cargador —calculó fríamente—, cuatro ráfagas de cinco por cada tipo. Son asesinos puros, y han matado al pobre Waldo que nunca hizo daño a nadie, más que a sí mismo. Voy a acribillarlos como se merecen. Lo siento por el del volante, pero va con ellos».

Mientras pensaba puso la mano en torno al guarda-gatillos y sacó el seguro con el pulgar. Soltó la correa que sujetaba el ametrallador al techo.

Después, en cuclillas en la bodega de motores apuntó cuidadosamente la espalda del que estaba al volante.

Del fusil brotó una llama y los cartuchos ya vacíos repiquetearon en la escotilla y en el motor. Antes de que el bulto del que conducía cayese, Driscol volvióse contra la figura del asiento de la izquierda, esgrimiendo el fusil trepidante, y casi tocándole.

Percibiendo el olor a quemadura, se volvió para largar otra

ráfaga contra el otro asiento, donde el individuo se incorporaba al mismo tiempo que echaba mano de su pistola, antes de encogerse en sacudidas de muerte.

Se agachó Driscol y miró a popa. Robert había desaparecido de su sitio. Vio una sombra en un rincón. Se movía. Era Robert. La canoa estaba describiendo una vuelta completa.

Robert iba dirigiéndose a rastras hacia uno de los muertos. Buscaba su pistola. Muy agachado, Driscol le observó hasta estar absolutamente seguro de atinar.

Los disparos levantaron en vilo a Robert, y al cesar la llama y el traqueteo, Robert cayó pesadamente, quedando inmóvil.

—¡Cerdo miserable! —se desfogó Driscol.

Los tensos nervios le hacían daño. El olor a pólvora le quemaba la respiración. Agachado y a tientas buscó bajo la cuadrada caja del depósito otro cargador para el fusil. Pero, al encontrarlo, notó en la mano un contacto húmedo.

—El tanque agujereado —meditó en voz alta—. Tengo que cerrar la llave de paso a los motores.

Salió al sollado, esgrimiendo el fusil ametrallador, cargado nuevamente.

El joven de rostro simpático que había estado sentado al volante, y que tenía tres balazos en el cuerpo, se sentó, y apuntando cuidadosamente apretó el gatillo del arma que sostenía con ambas manos.

Dirigía la puntería hacia el vientre del que con el fusil ametrallador vigilaba a los otros tres.

Driscol cayó hacia atrás, con la sensación de haber recibido en el abdomen un puntapié dado con una bota de hierro.

Cuando el joven del volante volvió a disparar haciendo astillas parte de una silla, Driscol alargó la mano en busca de su fusil caído. Y al encontrarlo lo levantó vaciando el cargador completo contra el que le había malherido.

Cuando el fusil cayó de sus manos que iban enfriándose, farfulló Driscol:

—Esto es el fin. O cierro el paso de gasolina o nos achicharramos todos. Algo tenía que salir mal...

Sobre rodillas y manos se dirigió hacia el asiento del volante, apoyándose en él. Paró los motores, y al erguirse sintió una

repentina y aplastante debilidad.

Se acomodó en el taburete. Al dejar de funcionar los motores, se oyó el ruido del agua chapoteando contra los flancos de la canoa.

No se oía nada más. La canoa empezó a columpiarse en la marejadilla que levantaba el viento sur. Iba a la deriva.

Quiso reparar la avería, pero cayó de bruces. Ladeándose consiguió colocarse boca arriba.

—Quieto, tumbado, y procura no perder más sangre —iba aconsejándose.

Se desabrochó la camisa y aflojó el cinto. Al notar el agujero de la herida lo palpó con los dedos suavemente. Sangraba poco.

—La avería está dentro. Quieto. Si esta maldita barca no se columpiase tanto... Dicen que sin beber agua y estándose muy quieto, puede uno salvarse de un plomo en la barriga. Especialmente si no se bebe agua.

Miró hacia arriba, al azulado cielo lleno de sol. Rio con siniestro regocijo.

—Voy a morir... y no sé qué lleva la cartera que han robado estos gandules... Y Jimmy se quedará con mis quinientos dólares...

Se calló porque los estertores de risa ponían en sus labios espumarajos de sangre. La canoa seguía a la deriva, rumbo al punto de partida.

A la isla Flamingo, donde desde hacía dos años Driscol había estado esperando que «llegase su barco».

CAPÍTULO III

Florian Kerval era llamado en Flamingo, el solitario tritón. Francés, nacido en Bretaña, alto, enjuto, rubio, y de claros ojos azules, era lacónico y su modo de vivir no llamó la atención porque cuadraba con su aspecto huraño.

Tenía un pequeño velero de pesca, y una vez por semana llegaba desde el apartado rincón de la isla donde residía en una choza, totalmente aislada de humanas vecindades.

Dirigíase al «Comptoir» francés, y allí entregaba una caja conteniendo variedades raras de peces, pescados en las aguas verdosas del más desierto paraje de la isla.

La caja era dirigida al Museo Piscícola de Saint-Malo. Bretaña.

Los aviones correo recogían las cajas, y semanalmente el Museo Piscícola de Saint-Malo efectuaba una transferencia telegráfica al banco holandés de la isla y a nombre de Florian Kerval.

Cuando había dejado su caja en el «Comptoir», Kerval vagabundeaba por la capital y puerto. Aunque su rostro permanecía impasible, le gustaba el exótico y abigarrado espectáculo de las calles de la capital.

También le gustaba el ambiente. Nadie se ocupaba de los demás, dejando que cada cual fuera lo que quisiera, mientras no robase o matase. Les importaba poco el motivo por el cual uno abandonaba su ciudad natal para irse a vivir en aquella isla.

Aquel día, después de dejar su caja semanal, Kerval se encaminó hacia una taberna donde solía aprovisionarse de latas y frascos para la semana.

Le llamaban la taberna de Jimmy, el canadiense.

Kerval vestía siempre del mismo modo. Unas sandalias de cáñamo, un pantalón azul que le llegaba a media pierna, una holgada camisa marrón, y una boina porosa, cuyos múltiples orificios dejaban respirar el cuero cabelludo.

Otro cualquiera hubiera parecido un antiguo pirata redivivo. En

realidad era un oficial de marina mercante inscrito en el *Deuxième Bureau*, el organismo de contraespionaje francés, como un agente muy capacitado.

Pero en la taberna de Jimmy, al igual como en el resto de la isla, Kerval era solo el solitario pescador de rarezas para un museo.

Nereida, la camarera que ansiaba vengarse de los desdenes de Driscoll tratando de convertirse en su esposa, arrancaba del calendario la hoja que decía: «Abril, 10, martes».

Encima del calendario de hojas se destacaban en rojo los números: 1943. Nereida bostezó ampliamente, desperezándose a la vez que se volvía.

—Buenos días, Nereida.

La siempre chabacana camarera que a todos contestaba con desplantes, sentía algo raro siempre que el bretón le dirigía la palabra.

—Buenos días, señor Kerval —sonrió amable—. ¿Qué desea tomar?

—Lo de siempre. Y tenga la bondad de notificar a Jimmy que me prepare el acostumbrado fardo de provisiones.

Miró Kerval el único lujo de su persona. El reloj cronógrafo, sumergible, de oro macizo, al igual que la cadena, aunque todos creían que era chapado.

Las once y dos minutos. Ruidos. Seguramente algún motor que petardeaba. Pero el experto oído del bretón captó que eran disparos.

Diez minutos después cuando, bebido su aperitivo, se disponía a recoger el fardo y encaminarse hacia su velero, estallaron gritos en la cocina. La voz de Nereida rebosaba excitación:

—¡No, no puede ser! Mi tiburón no es un atracador.

La otra camarera, con acento satisfecho, replicaba:

—Ya te has enterado. Estaba tu tiburón en la canoa esperando a los cuatro que han matado al holandés de correos y a sus dos escoltas. Y también al negro Waldo.

Kerval abandonó la taberna. Media hora después cuando tensaba la única vela de su balandro, ya había oído todos los comentarios.

No habían asaltado a un banco ni a un cobrador, sino a un cartero de valores declarados y certificados, matándole después de quitarle la cartera, así como a los dos agentes de paisano, que siempre acompañaban por rutina al funcionario.

La alargada barca se deslizó cortando el agua, contorneando todo el perímetro portuario, y tomando rumbo hacia las refinerías y destilerías de licor donde más al este pescaba Florian Kerval.

Divisó pronto el paraje en el que su choza se ocultaba entre macizos de rosales silvestres. La costa formaba allí como una boca de tenaza y el mar se adentraba en mansa bahía.

Amarró Kerval su balandro, y los ladridos gozosos de «Fripon», el perro Jobo, su único compañero, le acogieron. No se le veía porque estaba encadenado con largos eslabones a la puerta de la choza y así podía recorrer en torno, impidiendo la entrada a quién fuera.

Desde dos meses antes cuando alquiló aquella cabaña, se encontraba muy a gusto Kerval viviendo solitariamente. Tendióse en la arena, cuando ya en la cabaña quedaron las provisiones.

Quería analizar aquel reciente suceso en que había intervenido Stuart Driscol, apodado Tiburón. ¿Tendría relación con lo que a él le interesaba?

Su misión consistía en averiguar de qué medio se valía cierta organización desconocida para sabotear los buques franceses de la Resistencia, que tenían su escala de aprovisionamiento de combustible en Flamingo.

Eran varios los mercantes artillados que, después de recoger petróleo de las refinerías de Flamingo, habían estallado en alta mar.

Y el «D. B», francés estaba convencido de que era en Flamingo donde una banda practicaba un misterioso sabotaje, contra el cual nada podía el riguroso sistema de vigilancia de a bordo de los buques siniestrados.

Aquella canoa que se acercaba lentamente impulsaba a la deriva, por el oeste, y que no podía ser avistada desde el puerto, él la conocía.

Era la «Kansas», perteneciente a Stuart Driscol.

La canoa llevaba parabrisas de cristal, y uno de ellos, el correspondiente al volante, estaba roto en pedazos estrellados, cuyo centro era un redondo orificio.

En las tablas del blanco casco se observaban a ambos lados, agujeros astillados. Casi a la altura de la línea de flotación, a babor, veíanse otros agujeros y del más bajo había goteado y seguía goteando, algo rojo oscuro que dejaba unos trazos en reguero sobre el blanco casco.

Iba a la deriva, empujada por el suave viento Sur, hacia la bahía en donde en aquel momento, Kerval se quitaba la ropa, quedando con el *slip* elástico e impermeable que siempre llevaba bajo el pantalón azul.

No había en el «Kansas» señales de vida alguna. Solo los regueros que Kerval había identificado como sangre.

A medida que la canoa se acercaba vio Kerval por encima de la regala, el cuerpo de un hombre que parecía hinchado, tendido sobre un banco encima del tanque de babor.

A lo largo de estribor otro hombre parecía inclinarse hacia el agua metiendo en ella las manos que colgaban inertes de unos brazos laxos.

En el sollado había otros tres hombres. Uno, muerto también, yacía de espaldas caído bajo el taburete del volante. Otro, también muerto, estaba acurrucado a estribor.

El otro, todavía vivo, pero inconsciente, estaba tendido de costado, dobladas las rodillas y con la cabeza reclinada en un brazo.

Stuart Driscol sentía un frío inmenso, y en todo notaba gusto a gasolina. Y hacía calor. Por un instante sintió calor; pero no era más que la hemorragia producida al intentar moverse, porque no quería morir.

Tenía abiertos los ojos, y ladeado como estaba vio acercarse una playa. Y en esta, a un hombre alto, enjuto, que vestido solo con un *slip*, se aproximaba al agua.

Oyó la zambullida y casi admiró la facilidad con que el desconocido hendía el agua en enérgico *crawl*.

La canoa se bamboleó un poco a estribor, cuando las dos manos de Kerval lograron asirse a un resalte. Poco después, tras algunos intentos infructuosos, emergió chorreante sobre cubierta.

Se fue inclinando sobre cuatro cuerpos. Muertos a balazos. Al hacerlo sobre Driscol, a quién reconoció, el americano tuvo un instante de lucidez completa:

—Mataron al gandul de Waldo... y tuve que matarles. Me han dado en las tripas...

Kerval puso contacto y un motor roncó. El otro no tenía paso. Condujo hasta arrimar limpiamente ante su balandro. Lanzó las sogas de amarre. Demostró su vigor nervioso, tensando los músculos y levantando en brazos al atlético Driscol.

Gimió el americano, pero estaba sin sentido. La choza era sólida. Dos habitaciones. Una hacía de comedor, salón y observatorio, con sus cuatro ventanas dando a la galería. La segunda, de cocina y cuarto de baño.

En el diván cama del salón tendió Kerval al malherido. Tras examinar la brecha comprendió que no podía hacer nada. No tenía teléfono para llamar a ningún cirujano.

Transportarlo equivalía a rematarlo. Y de pronto, recordó al holandés que también habitaba en un lugar desierto, a unos diez kilómetros más al sur.

Salió corriendo y desatracando la canoa, la puso a toda marcha. La casa habitada por Horacio Vanbilt, semejava un bungalow inglés con su terraza circundante y su jardín.

Solo una vez había hablado con el holandés, hombre ya maduro, y fue en ocasión de que lo halló bañándose, cuando con su balandro recorría la costa.

Le avisó al holandés la presencia de tiburones y aquel aseguró que los vería venir, pues no se alejaba mucho de la playa.

Vivía en compañía de una vieja mulata, que era su ama de llaves, y dos mestizos mal encarados quienes cuidaban del jardín y hacían las compras. Al holandés le llamaban doctor.

El ruido de la canoa había atraído al propio Vanbilt hasta la playa. Rechoncho y de serena mirada, su cara redonda reflejaba infantil complacencia.

Parando el motor, gritó Kerval desde a bordo:

—¡Doctor! Tengo un hombre malherido en casa. Le ruego venga con lo que pueda servir para extraer balas de un abdomen.

Horace Vanbilt redondeó aún más sus ojos, pero dando media vuelta partió hacia su casa regresando con un maletín. Subió al peñasco a flor de agua, junto al cual esperaba la canoa.

Al entrar en ella, echó en rededor una mirada asustada. La contemplación de aquellos cuatro cadáveres hubiera asustado a cualquiera. El motor volvía ya a roncar furioso.

Horace Vanbilt se colocó junto al volante. Gritó para ser oído:

—¡Ha habido una horrible matanza a bordo!

—Ignoro lo sucedido. Recogí la lancha a la deriva.

En la choza, Driscoll ostentaba una faz exangüe, casi afilada. Gemía, arañando sus manos la camisa.

Vanbilt se quitó la americana de dril, y arremangándose, pidió:

—Si no tiene alcohol puro, sirve cualquier licor seco. Y un plato.

Cuando el plato estuvo lleno de coñac y dos lancetas se bañaban en el líquido, dijo Vanbilt:

—No es propiamente todo el instrumental preciso, Kerval. Pero no hay tiempo para otra cosa. Siéntese sobre las piernas del americano y cójale las muñecas. Seguramente se moverá, y no conviene que me dificulte un trabajo ya difícil.

Hundió una lanceta que en su extremo tenía dos horquillas y fue tanteando. Driscoll lanzaba gritos agudos, tratando de luchar. Pero no tenía fuerzas, y sobre él pesaba con energía la presión del cuerpo y manos de Kerval.

La intervención duró casi un cuarto de hora. Por fin mostró Vanbilt en el plato dos objetos negros, minúsculos. Las balas extraídas.

—Creo que no le tocaron los intestinos, ya que este mozo tiene la pared muscular abdominal como piedra. En fin, lo sabremos esta misma noche. Si vive tres horas más, no hay perforación intestinal. Es muy recio este mozo. Échele alcohol en las gasas que cubren y taponan las aberturas.

Mientras volvía a colocar en su maletín el instrumental y apósitos, añadió Vanbilt:

—Que no beba nada, por más que reclame bebida. Otra cosa, Kerval. Hace siete años me retiraron la licencia para ejercer la Medicina. Por lo tanto, le agradeceré me deje al margen de este asunto. Vivo muy tranquilo, retirado de todo, y me molestaría que la policía viniera a interrogarme o me importunasen con declaraciones testificales.

—Quede tranquilo. No tengo por qué aludirle a usted. He visto como hacía la cura y diré que fui yo quien actuó.

—No se moleste en acompañarme.

—Pero ¿va a recorrer diez kilómetros a pie?

—Andar a solas es un gran placer. Supongo que además usted tendrá que ir a visitar a la policía. Adiós, Kerval... y buena suerte en su pesca.

A solas con el malherido, Kerval meditó. Cuatro desconocidos habían dado muerte a un cartero y sus dos escoltas, para obtener una cartera. Una cartera que debía estar a bordo.

Fue al embarcadero y buscó, hasta que, bajo un tanque y envuelta en periódicos encontró la cartera que había ya costado la vida a ocho seres.

Driscoll dormía con un ronquido de estertor, lívida la faz.

El cuchillo especial del bretón provisto de limas y ganzúas iba probándolas en las dos cerraduras de la cartera, hasta que abrieron.

En el interior no había más que un sobre voluminoso.

Un sobre cuadrado del tamaño de un folio, que pesaba mucho. Tenía sellos especiales y una mención en holandés especificando que era correspondencia oficial.

Iba dirigido al Instituto de Investigaciones Químicas. La ciudad de destino era Nueva York.

Dando vuelta al sobre leyó como remitente:

«Nicholas Vanbilt.
Isla Turnip.
Flamingo».

La isla Turnip era una emergencia de tierra elevándose en el centro de una laguna al interior de la isla Flamingo. Aquella isla constaba como propiedad de un millonario norteamericano.

El sobre estaba lacrado. Hizo Kerval hervir agua, y al vapor fue levantando con sumo cuidado, valiéndose de un afilado cortapapeles, los sellos de lacre.

Por espacio de dos horas leyó el voluminoso legajo, escrito a máquina, con fórmulas anotadas a mano, y que iba firmado por Nicholas Vanbilt.

Era un valioso secreto, algo increíble, un arma mortífera. Kerval fue copiando lo más esencial.

Media hora después atracaba la canoa, con los cuatro cadáveres, junto al muelle de aduanas y comisaría policial del puerto de Flamingo.

CAPÍTULO IV

Jefe de la policía de Flamingo era el comisario Volendam, un hombre suavemente cortés que jamás pronunciaba una palabra en voz más alta que otra.

Y en aquellos momentos veíase obligado a recurrir a todas sus dotes de dominio porque era objeto de una avalancha de improprios por parte de un individuo de pequeña estatura, gruesas gafas y calvo.

Un individuo cuyo rostro magro evidenciaba en aquellos momentos la mayor de las furias y cuya indignación adquirió de pronto un cariz distinto.

Dejó de llamar al comisario, «inepto», «obtuso», «imprudente y necio funcionario», para decir:

—Creo que la carta de la cual usted me acusó recibo era bien explícita, comisario. Le indicaba en ella que mi comunicado al Instituto de Investigaciones Químicas de Nueva York, debían depositarlo esta mañana en el buque correo «Bloem», y que exigía fuera llevado a bordo con escolta.

—Y así fue hecho, señor Vanbilt, pero el brutal ataque...

—¡Me envía a recoger con un coche de su departamento de incapaces para comunicarme que fue imposible perseguir la canoa en que huyeron los criminales, y que hasta ahora nada sabe, excepto que el americano Driscoll era el propietario de la canoa! Es inconcebible, y elevaré una denuncia al Ministerio de Estado del reino holandés para que sea usted castigado como se merece.

El comisario Volendam sacudió su pipa sobre el borde de la mesa. Dijo con su habitual entonación blanda:

—Su ilustre categoría no le autoriza a ser injusto. ¡Perdón, hablo yo...! Precisamente porque es usted un hombre de ciencia tendría que poseer más ecuanimidad. Usted se limitó a escribirme que el sobre era muy importante, pero sin mencionar su contenido. Si por un solo momento hubiera yo sabido que su valor era tal que iban a

morir tres funcionarios...

—¡Necesito inmediatamente este sobre, comisario!

—Las dos canoas guardacostas y el avión han salido y recorren el mar. Estoy esperando prontamente noticias. Tenga mientras la bondad de contestarme a unas preguntas.

—Si se refieren al contenido del sobre, no hay ley que me obligue.

—Tengo una orden privada de no inmiscuirme en sus investigaciones. Dígame, señor Vanbilt: ¿qué lazo de parentesco le une con el doctor Horace Vanbilt?

—Es un perdulario, un mala cabeza, un expresidiario...

—Le pregunté qué parentesco les une.

—Es mi hermano.

—Permítame manifestarle mi asombro, pero ¿cómo siendo hermanos, no se tratan, y viven ambos solos en distintas casas?

—Rompí toda relación con Horace a raíz de su escandaloso proceso. Le vendió drogas a una enferma rica. Por eso le quitaron su licencia.

—Usted se instaló en la isla Turnip hace exactamente siete meses y dos días. Una semana después, el señor Horace Vanbilt, su hermano, alquilaba la llamada Casa Vieja. ¿Puede tener su hermano participación en el ataque efectuado esta mañana por los pistoleros?

—Esto es un asunto que le toca a usted averiguar.

—Lo haré, al igual que intento recuperar su sobre. ¿Puede decirme por qué razón se aloja en la isla Turnip?

—Porque el millonario Clemens, James Clemens, propietario de la isla Turnip, es novio de mi sobrina Trudi, que estudia en una universidad neoyorquina. Conoció a Clemens, y este me ofreció la isla Turnip para que en ella pudiera trabajar y hacer mis experimentos que requieren paz y ciertas circunstancias que se dan en esta isla.

—Deduzco que es importantísimo el contenido del sobre. Este contenido podía ser adivinado por las siguientes personas: su hermano, el americano Driscoll, su sobrina Trudi, y el señor Clemens. ¿De quién de ellos sospecha?

—¡Indudablemente, y todo lo demuestra así, del granuja Driscoll!

El comisario pulsó un timbre. Vino un agente a quién ordenó introdujera a Jimmy, el canadiense, y a Nereida, la camarera.

La voz del comisario Volendam siguió siendo suave y cortés cuando dijo a los dos recién llegados:

—Están en custodia hasta que se aclare la participación que haya podido tener cada uno de ustedes en el desgraciado atentado criminal de esta mañana. Explíqueme otra vez, Jimmy, cuanto sabe.

—Poca cosa es, comisario. Cuatro tipos, mexicanos por el habla y aspecto, a quienes ni conozco ni nunca había visto antes, me dijeron que habían contratado la canoa de Driscol para una semana de pesca. Que, a petición de Driscol, me entregaban a mí los quinientos dólares convenidos en pago del alquiler. Y entonces, ayer por la noche envié a Nereida, que es novia de Driscol, a advertirle que los cuatro mexicanos querían que esta mañana, a las once en punto, tuviera su lancha en el malecón donde ha ocurrido el atraco.

—¿Usted, señorita, tampoco conocía a los cuatro autores del atentado?

—No, señor. Uno de ellos se llamaba Robert. Esto es todo cuanto sé.

Se fueron los dos detenidos y el agente a una señal del comisario.

—Estos cuatro individuos, fueron informados de la importancia de sus trabajos, y no ignoraban que en este correo usted enviaba algo importantísimo. ¿Quién pudo informarles? ¿Para quién trabajaban? Esto puede usted aclararlo.

—En la isla Turnip están los componentes de la servidumbre del señor Clemens. Pero ninguno de ellos sabía que yo...

—Perdón. Ayer me envió usted una carta y el sobre por mediación de un mulato.

—Julius Damm, hombre en quien me dijo Clemens que podía confiar como en él mismo.

—Queda por saber si el señor Clemens es digno de su confianza.

—¡Es hombre muy respetable y no le hace falta ningún dinero...!

Entró un agente inclinándose para decirle algo al comisario Volendam que se levantó.

—Ha sido hallada la canoa. Está ahora mismo en el muelle, ante mi comisaría.

Kerval esperaba junto a la canoa, y un cordón de agentes impedía, a distancia, que se acercasen los curiosos que iban agrupándose.

—Buenas tardes, señor Kerval. Me ha comunicado el agente que

encontró usted la canoa a la deriva.

—En efecto. Y en ella encontré estos cuatro hombres muertos. Volendam, que estaba examinando los cadáveres, se enderezó.

—Ninguno de ellos es Driscol.

—Driscol está en mi choza, malherido. Le practiqué una cura de urgencia, y no lo traje en la canoa porque tenía dos balas en el vientre y el traslado le podía haber matado.

—Magnífico, señor Kerval. Le acompañaré en mi coche. Iremos a interrogar a Driscol...

Varios agentes estaban ya a bordo. Indagó Vanbilt:

—¿Encontró usted una cartera a bordo, Kerval? Soy Nicholas Vanbilt, y resido en la isla Turnip.

—No vi nada más que estos muertos y a Driscol.

Un agente se acercó llevando un fardo cuadrado envuelto en periódicos sucios, con manchas de sangre. Volendam levantó con su mano enguantada una esquina de los periódicos. Dijo:

—Llévenla al departamento de huellas. Cuando hayan terminado en el laboratorio, queda autorizado el señor Vanbilt para recoger lo que le interese.

Vanbilt partió tras el agente. El comisario señaló al francés un coche. Se puso Volendam al volante, y a su lado sentóse Kerval.

—¿Dijo algo Driscol?

—Solamente que habían matado a Waldo y que tuvo que matar a los otros. Al parecer, debió luchar él solo contra los demás.

El resto del trayecto por el estrecho sendero; que no permitía pasar dos coches a la vez sin que uno de ellos tuviera que desviarse en la vegetación circundante, hablaron de la pesca de especies raras que abundaban por aquellas aguas.

Cuando bajaban del coche, a diez pasos de la choza, dijo Kerval:

—Es extraño. Mi perro me recibe siempre con alegres ladridos.

Corrió el francés, arrodillándose junto al perro que estaba inmóvil, tendido sobre un costado. Respiraba normal, pero dormía profundamente.

—Está narcotizado —dijo Volendam, volviendo a salir de la choza—. ¿Dónde ha colocado a Driscol?

Kerval entró. No había rastro de Driscol. Comentó:

—Con aquellas heridas no podía caminar.

—Por lo tanto, alguien se lo ha llevado. ¿Quién sabía que Driscol

estaba aquí?

—Solamente yo.

—Esto se complica. Antes que anochezca, le ruego me ayude. Daremos una batida por estos alrededores.

Era ya completamente de noche cuando regresaron a la choza, en cuyo umbral seguía durmiendo «Fripon». No había el menor rastro de Driscoll.

—Lo siento, señor Kerval. Mañana tendrá que servir de testigo en la primera encuesta. Le ruego que a las nueve esté presente en comisaría.

Poco después el coche del comisario desaparecía por el sendero.

Se dirigió Kerval al estante, donde tras unos libros, había ocultado la copia de las fórmulas contenidas en el sobre. Buscó en vano. Habían desaparecido las cinco cuartillas repletas con los símbolos químicos que copió exactamente.

Colocándose la cazadora y armado de su bastón de paseo se adentró Kerval por la floresta caminando hacia la casa vieja del doctor.

Se entretuvo demasiado en meditar.

Una linterna eléctrica acababa de iluminarle de lleno, y la voz del doctor Horace Vanbilt le conminó:

—Quieto, Kerval. Cualquier gesto supondrá su muerte. Alce los brazos y suelte el bastón. Le acuso de haber intentado robar el invento de Nick, y tendrá que explicarlo a James Clemens.

CAPÍTULO V

James Clemens y Trudi Vanbilt acababan de cenar en el Stork Club de Nueva York. Ella miraba a la gente bailando en la pista, a través de los cristales de sus lentes enmarcados en concha, con un interés absorto.

—Por favor, Trudi. No mires a los demás como si fueran animales de un zoológico —amonestó Clemens—. No son una cosa rara.

—Pues yo diría que sí lo son. Se necesita escasa cantidad de cerebro para poderse divertir meneando pies y cintura al compás de tambores.

Estudiosa, ignorante del maquillaje, era alta, esbelta, y anudaba su espléndido cabello en dos trenzas formando diadema. En su rostro de facciones perfectas brillaban los ojos, grandes y expresivos, de un color azul violeta.

Pensó Clemens que era adorable, fascinadora, pero al mismo tiempo absurda y desconcertante...

—Dime, James, ¿estás enamorado de mí?

—¡Claro que lo estoy! La pregunta es superflua.

—Y, ¿por qué estás enamorado?

—Porque eres bonita y porque soy un hombre. Pero también te quiero por tu adorable tontería. Eres inteligentísima en muchas ciencias, pero en las cosas de la vida, te daría cien mil vueltas cualquier campesina. Eres sensible, razonable y práctica, pero careces de ansias de amar, Trudi. Pero yo te quiero y sabré ganarte.

—Lo que yo quiero, James, es que me ames por aquellas cosas por las que yo deseo ser amada. Somos mentalmente iguales y nos respetamos mutuamente. No creo en otra clase de amor. Consideración y respeto, esto es lo que importa. Y tú me respetas, ¿no es cierto, James?

Carraspeó él:

—Naturalmente que te respeto, pero hay que tener en cuenta que...

Le interrumpió en su difícil intento de explicación, la llegada de su chófer que le entregó un cablegrama.

—Lo acaba de traer el mayordomo, señor.

Se retiró y Clemens abriendo el pliego lo leyó. Dijo:

—Es de la isla Turnip. De tu tío. Dice: «Graves acontecimientos obligan solicitar inmediata presencia suya».

—Entonces debemos partir inmediatamente.

—Tu tío solamente solicita mi presencia.

—Precisamente ahora dispongo de quince días de vacaciones que debía iniciar el sábado. Los adelantaré.

—Emprendo el viaje en mi avión particular.

—Razón de más. Siempre he deseado efectuar un viaje a Flamingo.

En el coche indicó Clemens la presencia del chófer, y guardó ella silencio. El coche rodó velozmente hasta llegar a las afueras de la capital donde la casa de campo de Clemens tenía una pista de aterrizaje particular.

En el salón, expuso el millonario:

—Tú sabes que las investigaciones de tu tío son de un orden que pudiera atraer la codicia de muchos aventureros. Es peligroso...

—Lo último que me dijo tío Nick fue que estaba cerca de conseguir el proceso total de elaboración de un gas paralizante. Un gas que atacaría los centros nerviosos de los combatientes enemigos, anulando por completo la actividad física y dejando inertes a los atacantes. Es maravilloso porque supondría ganar batallas sin efusión de sangre.

—Me temo que la efusión de sangre haya tenido ya lugar antes...

—Trabaja en el mayor secreto. Salvo tú y yo, nadie sabe nada. Hice un estudio del producto químico base sobre el que mi tío Nick inició sus tareas. El actylclor, que posee la conocida propiedad de reducir la presión sanguínea, aunque por breve tiempo, y, a la inversa del hidrocyánico y otros cianógenos, no produce efectos letales...

Atajó Clemens con impaciencia:

—No me des una conferencia, Trudi. Lo que yo quiero hacerte comprender es que si alguien más ha averiguado la importancia de sus investigaciones, pueden haber sucedido actos criminosos. Y ahora mismo un peligro podría acechar a tu tío Nick...

—Mayor razón para que vaya contigo, James. Estaré lista en un momento.

* * *

Kerval alzó lentamente los brazos. Oía tenues pasos a sus espaldas. Debía ser uno de los dos mestizos al servicio del doctor.

Kerval dominaba el poco conocido deporte difícil de la *savatte*: un pugilismo donde tanto los puños como los pies desempeñaban su papel.

Calculó aproximadamente que el individuo que se le acercaba por la espalda, distaba ya muy poco.

Practicó entonces la *ruade*, llamada así por su imitación del coceo. Arrojóse al suelo, apoyando en él ambas manos, y alzando las piernas, propinó hacia atrás una doble patada.

Alguien emitió un gemido, pero como el foco le buscaba, Kerval saltó de costado, dirigiéndose hacia el que sostenía la linterna.

Cuando avanzaba las manos para aferrar al doctor, un golpe en la nuca le hizo tambalearse. Le habían arrojado algo pesado con acierto, y se encogió al impacto.

En su espalda un duro contacto le hizo erguirse, y Horace Vanbilt advirtió secamente.

—Simao disparará si vuelve a intentar otra bestialidad, Kerval.

Vio que el otro mestizo masajeándose el estómago y el pecho, se acercaba, mientras Simao empujaba con su pistola.

—Átale las manos a la espalda, Manuel —ordenó el doctor—. El señor Kerval venía de todos modos a casa.

Cuando se despejó su cerebro, era ya inútil luchar. Tenía sólidamente atadas las muñecas y doblados los antebrazos a la espalda. El cañón de la pistola le empujaba dirigiendo sus pasos.

En el sendero estaba el carricoche del doctor, tirado por un robusto caballo de labor. Y a lo largo del asiento, encogidas hacia arriba las piernas, permanecía tendido, envuelto en una manta, Stuart Driscoll.

Comentó Kerval:

—Estos traslados matarán al americano.

—No se inquiete por él. Lo he entablillado desde las axilas a las corvas y no corre peligro, si aguanta hasta la medianoche. ¡Manuel! Coge el caballo por el bocado. Y tú, Simao, no te distraigas porque

el señor Kerval tiene las piernas muy largas y ágiles. Si pretende huir, dispárale a las piernas. ¿Oyó, Kerval?

El doctor Vanbilt subió al pescante, y por impedírsele el cuerpo tendido de Driscol, tuvo que sentarse en la horqueta. El apacible caballo percherón se puso en marcha, llevado de la brida por el mestizo Manuel.

Durante la larga caminata, Kerval no habló una sola vez.

Obedeciendo a la orden del doctor, el mestizo Simao hizo penetrar al prisionero en un despacho rústico, donde Kerval sentóse en un sillón.

Por la puerta abierta vio a los dos mestizos que transportaban a Driscol al piso alto, llevándolo cuidadosamente en una tensa lona.

No hizo Kerval el menor intento de escapar, porque, aparte de que el doctor estaba en la puerta con una pistola en la diestra, Kerval sentía ya una inmensa curiosidad.

Sobre la mesa-despacho, le llamó la atención un marco doble, con un bello rostro femenino y un semblante enérgico masculino.

El doctor Vanbilt dejó la pistola sobre la mesa, y sentándose frente a su prisionero, aclaró:

—Es mi hija y su novio, el millonario Clemens. Hace siete años que no la veo. Estos retratos tuvo la gentileza de enviármelos James Clemens.

—Me temo que no estoy en condiciones de enternecerme sobre sus evocaciones familiares, doctor. ¿Por qué me tiene prisionero?

—La contestación puede dársela usted mismo, si recapacita sobre todos sus actos desde que avistó la canoa a la deriva hasta que la condujo a comisaría. Ignoro los móviles de su actitud. Explíquemelos y le aclararé la razón por la que está prisionero.

—Supe esta mañana que cuatro hombres atacaron al cartero y dos escoltas, llevándose una cartera, y huyendo en la lancha rápida de Driscol. Esta tarde, después que atendió usted a Driscol, sentí curiosidad por saber lo que contenía la cartera.

—¿Informó al comisario Volendam?

—Comprenderá que no le iba a decir que registré la cartera y saqué copias de fórmulas que para mí no tienen significado alguno.

—Pero son fórmulas que han costado ya ocho vidas. Le he descartado de la posibilidad de que usted pagase a los pistoleros mexicanos.

—A mi vez tengo el convencimiento de que usted no es un maleante, doctor.

—Gracias, pero si pregunta a cualquier holandés le asegurará que soy un bribón. Lo mismo dirán mi hermano Nick y mi propia hija Trudi. Tampoco yo creo que sea usted un maleante, Kerval, pero ¿qué duda cabe que es un espía? ¿Y a favor de quién trabaja?

—Los hechos demuestran que yo fui curioso. Nada más. En cambio, todo demuestra que usted es el espía. ¿Y a favor de quién trabaja, doctor?

Vanbilt encendió un cigarro. Lentamente. Por fin, replicó:

—Las Antillas son disidentes y al parecer en Flamingo no se acata el dominio nazi. El invento de mi hermano interesa extraordinariamente a dos potencias: Alemania y Norteamérica. En esta guerra resulta casi imposible determinar si un holandés es sinceramente nazi o si un francés es realmente degaullista. Y dejando aparte motivos de orden político, existe otro factor tal vez más poderoso: el invento de Nick puede valer millones.

—Si usted razona, verá que yo solo casualmente curioseé en la cartera. Además, ignoraba por completo la existencia de su hermano Nick, y por lo tanto, de su invento.

—Usted venía a mi casa. ¿Con qué fin?

—Saber de Driscol. Solo usted pudo narcotizar a mi perro. Y saber por qué se apoderó de la copia de unos documentos.

—No pienso quitarle de en medio, Kerval. Irá a parar a Nueva York debidamente custodiado. Allá le interrogarán.

—Mañana, a las nueve el comisario Volendam también quiere interrogarme.

—¿Volendam? No me extrañaría que él estuviera tras la cortina que ha quedado cerrada con la muerte de los cuatro mexicanos. Resumiendo... Hay dos sospechosos seguros. Usted y Driscol. Y cuatro posibles jefes de banda, que son: Volendam, uno, Julius Damm, hombre de confianza de mi hermano, dos, ya que ambos sabían que el sobre contenía importantes investigaciones químicas, así como otras dos personas que tampoco ignoran a qué se dedica mi hermano: James Clemens, y su novia, mi hija Trudi.

* * *

El avión se posó en el aeródromo civil de Savannah. Sus dos

ocupantes fueron al restaurante a desayunar, mientras los mecánicos reponían combustible y revisaban el motor.

James Clemens decidió abordar lo que hasta entonces había callado:

—Es molesto, Trudi, pero hemos de hablar de tu padre.

—Hace ya siete años que no tengo padre.

—Es absurdo esto. Es tu padre al fin y al cabo, y está en Flamingo.

Sorprendida, ella miró sus manos que se entrecruzaban nerviosamente.

—Espero que no le veremos, James.

—Reside en la Casa Vieja, un lugar que dista apenas media hora de la isla Turnip. No puedo darte la razón, Trudi. Hiciera lo que hiciese, tu padre no merece la poco misericordiosa actitud que hacia él adoptas. Cuando intentó verte en el colegio no quisiste ni recibirle.

—Es un asunto que me duele comentar.

—¿También conmigo?

—¿Qué hace el doctor Vanbilt en las cercanías de la isla Turnip, y por qué, si sabías que estaba en Flamingo, no me lo, dijiste antes? Lo considero poco leal, James.

—No tenía por qué comunicártelo. Repetidas veces has dicho que no quieres oír hablar de tu padre. Ahora te lo he dicho, por cuanto vienes conmigo a la isla. Yo he leído el resumen del proceso de tu padre, y no...

—Hablemos de otra cosa, James. Lo prefiero. Hablemos por ejemplo de que a veces he pensado que a ti no te interesaría que mi tío lograra terminar con éxito la elaboración de su gas.

—¿Y por qué?

—La mayor parte de tu fortuna está en acciones de industrias de armamento. Y si el gas sirviese para ganar una guerra, no serían necesarias otras armas.

Clemens rio, molesto:

—Tienes mucha imaginación, Trudi. ¿No facilité yo a tu tío la isla y cuanto necesitaba para sus laboratorios e investigaciones?

—Estamos en el terreno de las hipótesis, James. Lo mejor es no empezar a discutir mientras no sepamos lo que le ha ocurrido a tío Nick. Tengo sueño, James.

James Clemens se dedicó a meditar durante el resto del vuelo que el afán de hipótesis de su novia podía llegar a ser ofensivo, pero sobre todo, muy peligroso.

CAPÍTULO VI

—Como diría mi hermano Nick, esta es una ecuación plena de incógnitas.

—La primera incógnita es usted, doctor. Yo no soy más que un problema aclarado. Móvil: la curiosidad. Peligro, ninguno, por cuánto no pretenderá que de memoria pueda yo recordar el laberinto de fórmulas.

—Mi incógnita voy a despejarla, Kerval. Hace siete meses estaba yo en Nueva York. Me llamó un departamento especial. El O.S.S.

—¿OSS?

—Oficina de Servicios Estratégicos. No cometo indiscreción, por cuanto mañana estará usted cerca de Nueva York, y le interrogarán los agentes compañeros del OSS.

El doctor Vanbilt sonrió con cierta melancolía al añadir:

—Los del OSS me manifestaron que dados mis antecedentes, sería yo el último del que pudieran sospechar que estaba aquí para procurar que ningún agente extranjero se apoderase del resultado de los trabajos de Nick. Pensarán que me he establecido por estos parajes para ver si le saco dinero a mi hermano. Sí; me tienen por un bribón capaz de todo, menos de pertenecer al OSS.

—Si tiene medios de comunicar, le ruego entre en contacto con una emisora de La Martinica donde el almirante en jefe podrá decirle, doctor, que yo, aunque en distinto terreno, puedo considerarme aliado del OSS.

—¿D.B.? —inquirió el doctor, levantándose.

Se acercó, y con un afilado cortapapeles en la diestra, examinó al francés unos instantes. Al fin, dijo:

—Los tanteos nos han conducido al terreno propicio, Kerval. Por sus manejos sospechaba que usted era agente del algún servicio secreto. Iba a cortarle las ligaduras, pero no se ofenda si retraso el momento. Trataré de comunicar si usted me dicta la clave.

Media hora después regresaba Vanbilt, y cortó las ligaduras de

Kerval.

—Ha de disculparme si le he tenido incómodo, pero en este trabajo llegamos a desconfiar de todo. Dentro de unos instantes iré a visitar a Driscol. Le inyectaré, y dada su robusta constitución, tal vez nos pueda aclarar quién pagó a los pistoleros.

—Le advierto, doctor, que al igual como puede contar con mi absoluta discreción, debo también decirle que me desentiendo de todo esto.

—Tras las consultas que acabo de efectuar, sé que su misión consiste en descubrir a los sabotadores, nazis indudablemente, que causan las explosiones misteriosas de las naves francesas disidentes. Si ambos trabajamos aliados, llegaremos a la misma meta, porque tengo la certeza psicológica que los mismos que usted busca son los que intentan apoderarse del invento de Nick.

—De acuerdo.

—Preste mucha atención a Volendam, amigo Kerval. En estas luchas secretas, y ya lo ha comprobado usted, nadie es lo que parece. Vayamos a ver que nos dice Driscol.

Stuart Driscol dormía inquieto. Le inyectó Vanbilt. Dos minutos después, Driscol abrió los ojos, que brillaban en su faz lívida.

Vanbilt estaba en la habitación vecina, cuya puerta entreabierta distaba dos metros de la cabecera de la cama donde estaba tendido Driscol.

—Hola, Driscol. ¿Me reconoce?

Asintió el americano, y con voz que fue afirmándose a medida que hablaba, manifestó:

—Usted es Kerval. Nadó hasta la canoa. Me llevó a su cabaña. Me estuvo curando. Después, no recuerdo más.

—Lo he entablillado. No puede beber nada. Solamente chupar limón.

Introdujo Kerval un gajo en la seca boca del americano, que empezó a masticar como si se tratase de chicle.

—¿Por qué no me entregó a la policía, Kerval?

—Porque no le creo capaz de matar, si no es en defensa propia.

—Gracias, hombre. Me cae bien. Pero puede meterse en un lío si no me entrega.

—El lío empezó cuando su canoa apareció a la deriva ante mi playa.

Driscol empezó a contar lo sucedido desde el momento en que Waldo vino a comunicarle que «su barco había llegado».

—Más o menos lo que suponía, Driscol. Usted quedará aquí, en casa de un buen amigo mío. Cuando se restablezca ya decidiremos lo que toca hacer.

En el despacho comentó Vanbilt:

—Driscol ya está fuera de peligro. ¿Quiere mi coche para regresar?

—Iré andando. Me agrada el ejercicio.

—Le acompañaré un trecho.

Llevaban un rato andando cuando dijo Vanbilt:

—¿Leyó mi proceso? Hizo escándalo en la Prensa.

—No lo recuerdo. De veras.

—Hace siete años yo ejercía en Holanda. Como especialista en enfermedades nerviosas. Había ya muerto mi esposa, la madre de Trudi, y yo pensaba casarme con una amiga de mi difunta esposa. Este fue mi primer error, lo que empezó a separarme de Trudi que entonces tenía quince años. Era ya muy severa, casi puritana, para los asuntos amorosos, y consideró como una falta de respeto a su madre muerta el que yo, todavía joven, pensara en volver a casarme.

—La adolescencia es muy exigente.

—Y entonces ocurrió lo irremediable, lo que había de convertirme en un fuera de la ley, despreciado por toda la gente honorable...

Interrumpióse Vanbilt. Señaló a lo lejos una estría luminosa que iba agrandándose, y murmuró:

—Me parece que es el coche de Volendam.

—Diré que recorría los alrededores para ver si hallaba la pista de Driscol.

—Vuelvo a casa. Esconderé a Driscol. A propósito: su perro engulló bromuro en cantidad suficiente para dormir hasta mañana. Dele un vomitivo: mostaza, aceite y pimienta. Hasta pronto, amigo.

Se separaron. Poco después surgía Kerval en el sendero ante los faros del coche que avanzaba lentamente arañado por la tupida floresta.

Los faros se apagaron, quedando solo encendida la luz interior, que mostró al comisario Volendam y a Nicholas Vanbilt.

Amablemente manifestó Volendam:

—No lo encontré en su choza, Kerval.

—Me tiene intrigado la desaparición de Driscol, y he estado recorriendo inútilmente los contornos.

—El señor Vanbilt afirma que los lacres han sido levantados, y está seguro que ha sido Driscol. Mis agentes dan una batida por los alrededores. He logrado convencer al señor Vanbilt que usted tuvo demasiado trabajo atendiendo al herido y trayendo la canoa para poder también ocuparse de buscar una cartera escondida. No es preciso que acuda mañana. Hemos pospuesto la encuesta hasta que Driscol sea hallado. Y me parece lo más lógico que Driscol se haya ahogado al querer escapar.

—¿Durmiendo primero al perro? —estalló el irascible inventor—. Diga mejor, que usted, comisario, es un inepto que...

—Buenas noches, Kerval —dijo el aludido, pisando a la vez el acelerador.

El coche se detuvo ante el seto de entrada a la Casa Vieja.

—Yo no voy. Hace siete años que juré no dirigirle la palabra al bribón de Horace —masculló Vanbilt— y si es que se siente usted capaz de hacer una lista de sospechosos, colóquele a él en el primer lugar.

Fue Volendam a llamar a una puerta, y apareció el propio doctor, llevando en alto un quinqué.

—¿Qué se le ofrece, comisario?

—Busco a un hombre, doctor. Un americano llamado Driscol.

—¿El Tiburón? ¿Y por qué lo busca en mi casa?

—Aunque es difícil que haya podido llegar hasta aquí, pudiera darse la posibilidad. ¿Tiene inconveniente en...?

—Registre cuanto quiera, comisario. Mi ama de llaves le alumbrará todos los rincones de la casa, huerto y despensa.

Media hora después el comisario entraba en el despacho donde Vanbilt se entretenía leyendo una revista de psiquiatría.

—¿Puedo sentarme, doctor?

—Considérese en su casa, comisario.

—Desearía hacerle unas preguntas.

—Empiece por la primera.

—¿Por qué le odia su hermano Nicholas?

—No me odia. Me desprecia, lo cual no es lo mismo. Yo eché una

mancha sobre el apellido.

—¿Por qué vino usted, dos días después de la llegada de su hermano, a habitar esta casa aislada, que dista muy poco de la isla Turnip?

—Tal vez porque espero algún día hacer las paces con Nicholas.

—Tiene usted una cuenta corriente en el banco, doctor, que le permite vivir ocioso.

—En Nueva York estuve dos años ganando dinero con traducciones y aún sigo haciéndolas por cuenta de una editorial neoyorquina.

—¿Sabe a qué se dedica su hermano?

—Mi hermano tenía diez años cuando inventó un polvo cocineril que, pretendiendo matar ratones, liquidó al gato de la casa.

—Esto era hace muchos años. Pero ¿hoy?

—Lo que haga o deje de hacer me tiene sin cuidado. Lo que sí me importa es que mi hermano hace las veces de padre con mi hija, y espero que algún día los dos me perdonarán.

—Sus explicaciones son muy plausibles, doctor —y con extraña sonrisa, agregó Volendam—: Usted no es ninguna incógnita para mí, y quiero que usted tampoco me considere como tal. Créame o no, ambos estamos en idéntica postura. No soy agente nazi.

—La política no me interesa, comisario. ¿Qué le hace suponer que pueda pensar en usted como en una incógnita?

—En su momento volveremos a hablar, doctor. Buenas noches.

En el coche, dijo Nicholas Vanbilt:

—Espero que no se dejó usted ganar por la artera simpatía del bribón de Horace.

—Las personas para mí, no son simpáticas o antipáticas.

—¿Qué son, entonces?

—Sospechosas o claras.

—¿Es clara la presencia de Horace cerca de donde yo trabajo?

—Puede aspirar a que usted haga las paces con él.

—¿Las paces con un... sujeto indigno? Dejemos esto, comisario. Necesito que encuentre a Driscoll antes del amanecer. Además, no comprendo por qué descartó en sus sospechas al francés. ¿Quién mejor que él pudo hurgar en la cartera?

—Usted mismo registró la choza, concienzudamente. Sus fórmulas no pueden memorizarse. Las hubiese copiado él. Pero

tenga presente que nadie sabe lo importante que es su trabajo, aparte su sobrina, el señor Clemens y yo.

—¡Y los cuatro pistoleros! ¡Y Driscoll!

—Duerma tranquilo. Cuando llegue el señor Clemens entréguele en propia mano las fórmulas. Yo me cuidaré de atrapar a Driscoll, y capturar al responsable de la muerte de tres funcionarios públicos.

El suspiro de Nick Vanbilt demostraba claramente que tenía escasas esperanzas en la inteligencia del comisario Volendam que, cuando le hubo dejado en el embarcadero junto a la laguna, en cuyo centro estaba la isla, deshizo el camino hacia la capital.

Y, al volante, ostentaba Volendam una sonrisa enigmática.

Vislumbraba una pista tan insospechada que le producía una gran satisfacción, ya que el principal placer de Volendam era despejar misteriosas incógnitas.

CAPÍTULO VII

Atardecía. Las sombras invadían las palmeras que festoneaban la playa, donde Kerval acababa de amarrar su balandro.

Se recostó en la arena. Miraba al cielo y vio que algo se acercaba allá por las nubes. Algo parecido a una dorada gaviota.

—Si se trata del correo aéreo, se ha alejado mucho de su ruta — pensó en voz alta.

Al estar más cercano el avión, pareció como si se desprendiera de las nubes, empezando a bajar con rapidez. Por el ruido del motor, algo anormal le estaba sucediendo.

Comprendió Kerval que el piloto intentaba aterrizar en aquel sector de arena. El avión dando varios saltos en la arena fue a chocar contra una roca.

Corrió Kerval hacia el lugar del siniestro. Afortunadamente el piloto había cerrado el paso de combustible. Los dos ocupantes salían disparados de la abierta carlinga, como dos muñecos. La arena era blanda.

Un momento después, el piloto conseguía ponerse en pie. Pero la mujer, al intentar hacer lo mismo, volvió a caer sobre la arena.

El piloto se había inclinado sobre ella cuando Kerval llegaba.

—Trudi, querida, ¿te has hecho daño? —preguntaba Clemens con ansiedad.

—No, no me he hecho mucho daño. Solamente esta estúpida rodilla... Parece que se hace añicos cuando intento ponerme en pie.

—¡Qué mala suerte! Tendré que componérmelas para encontrar un coche... Entretanto, debemos hallar algún sitio donde guarecernos.

La voz de Kerval resonó a espaldas de Clemens:

—¿Puedo ofrecerles la hospitalidad de mi choza?

Ambos se volvieron mirándole sobresaltados. La arena había amortiguado los pasos de Kerval. Le contemplaban como si vieran a un salvaje. Impresión acentuaba por el desnudo torso bronceado y

el revuelto cabello.

Trudi Vanbilt empezó a mirarle con vivísimo interés, porque carecía de elementos antropológicos suficientes para clasificarle. Un colonizador, un vagabundo, un pescador...

Sonrió graciosamente, diciéndole con dulce entonación:

—Es usted muy amable. Se lo agradeceremos infinitamente.

Kerval captó por la actitud de ella que se trataba de alguien que tenía conciencia de que era una persona importante. No habría podido desplegar más amabilidad si hubiese sido ella la reina de Holanda, y él un humilde súbdito.

Los lentes de Trudi Vanbilt, que solamente llevaba cuando leía, o por rutina, se habían caído y roto en pedazos. Las trenzas deshechas hacían que el cabello cayese libre sobre sus hombros llegándole casi a la cintura.

Kerval se inclinó hacia ella:

—Cuanto tengo está a su entera disposición. ¿Puedo ofrecerle el apoyo de mi brazo?

Clemens lanzó una rápida ojeada al francés. ¿Estaba, quizá, trastocado? Había leído no sabía dónde que la soledad hacía hablar a los solitarios de un modo raro.

—¿En aquella su choza? —indagó Clemens—. Puedo llevar fácilmente hasta allá a la señorita Vanbilt.

¿Vanbilt? ¿Conque aquella era la hija que consideraba a su padre un bribón indigno?

—Se trata de la señorita Vanbilt —añadió Clemens, al tiempo que levantaba en brazos a Trudi—. Usted debe haber oído hablar de su tío, el señor Vanbilt.

—Sí. Esta isla no es muy grande.

—Teníamos que aterrizar más allá de la isla Turnip, pero algo me falló en el motor.

Al llegar a la entrada, depositó a Trudi en una silla de lona.

—Permítame examinar su rodilla.

Clemens le echó una mirada de desconfianza, mientras Kerval inclinado examinaba detenidamente la rodilla de Trudi que decía:

—Debe usted llevar una vida muy solitaria, señor... señor...

—Kerval. Iré a buscar una venda. No tiene nada roto. Solo una contusión.

Mientras él entraba, Clemens fue al avión, para regresar cuando

Kerval estaba vendando con maestría la rodilla de la muchacha.

—¿Queda muy lejos de aquí la capital? —preguntó Clemens.

—A pie, dos horas y pico. Media hora en mi balandro.

—¿Y la isla Turnip?

—Media hora a pie. Pero está más cerca la casa del doctor, que por cierto se llama Vanbilt, Horace Vanbilt.

Trudi alzó la barbilla y dijo secamente:

—En Holanda abundan los Vanbilt. Creo, James, que es mejor pensar en que es posible que hayan visto el avión desde la isla Turnip.

—¿Cómo podríamos llegar allá, Trudi? Con tu rodilla lastimada...

Sugirió Kerval:

—Usted puede ir en busca de un carruaje, y regresar para recoger a la señorita.

—Sí, pero... significa una larga hora de ausencia o más, si me extravió.

Clemens no quería exponer abiertamente que le desagradaba dejar sola a Trudi con aquel sujeto de rara pinta.

Con leve destello irónico en los ojos, dijo Kerval:

—Le garantizo que mi hospitalidad no sufrirá la menor alteración durante su ausencia.

—¡Oh, claro, por supuesto! —aseguró rápidamente Clemens, confuso—. Pero es que no conozco el camino. Tal vez podría persuadirle para que nos preste este servicio. ¿Le parecerían bien cien dólares?

«El clásico yanqui —pensó Kerval—. El dios dólar todo lo compra».

—Lo siento, pero no puedo ir. Tengo aquí una cita muy importante.

Clemens y Trudi se miraron sorprendidos, casi incrédulos. Sugirió ella:

—Tal vez doscientos dólares, señor Kerval.

—No sigan pujando, que no hay subasta que valga. Tengo una cita aquí.

Con gesto decidido expuso Trudi:

—Entonces, tendrás que ir tú, James. No te preocupes por mí. Estaré muy bien aquí, esperándote. Tienes que hacer todo lo posible para que lleguemos esta misma noche a Turnip.

—¿Qué le parece una botella de cerveza antes de ponerse en camino? —ofreció Kerval—. Tengo varias en la nevera.

—¿Qué nevera? —inquirió Clemens mirando en rededor.

—¿Ve aquel riachuelo que va a verter al mar? Un poco más arriba forma una cascada y debajo hay una gruta diminuta. Allí mantengo mis bebidas frescas. Permítanme... Tardaré solo unos minutos.

Al volver Kerval por la puerta de atrás, para ir en busca de unos vasos, oyó la voz de Clemens:

—... Me disgusta la idea de dejarte a solas con Kerval. Parece muy raro. No acierto a comprenderle.

La voz de Trudi rebosaba superioridad aplastante:

—¿No? A mí me parece muy claro. Un colonizador. Sus padres le habrán mandado aquí porque haría alguna barrabasada en su tierra natal. Le pagarán para que se mantenga lejos de su patria.

—A veces parece un caballero —reconoció generosamente Clemens, también para tranquilizarse.

—Siempre suelen ser hijos de buena familia. Mi mejor amiga de colegio tenía una novela en que el protagonista era como este. Yo trataré de persuadirle para que intente regenerarse mientras tú vas en busca del coche.

—Pero, Trudi... ¿cómo puedo saber si él es de confianza para quedarse a solas contigo?

—Tal vez no haya visto una mujer blanca en mucho tiempo. Pero no debes preocuparte. Te aseguro que sé guardarme solita.

Kerval salió y dando la vuelta apareció por delante, diciendo:

—Siento haberles hecho esperar tanto.

Bebieron. James Clemens se apretó el cinturón.

—Cogeré la brújula del avión. Estaré de vuelta enseguida.

Marchóse, apresurando el paso. Comentó Trudi la belleza de la puesta del sol y añadió:

—Ha sido muy amable ofreciéndonos hospitalidad.

—Nada de eso. Imagínesse la belleza, el calor que este breve encuentro trae a mi vida. También imagínesse lo que supone para un hombre solitario tenerla a usted aquí, en mi cabaña, aunque solo sea una hora...

Miróle ella con repentina alarma desconfiada. Agradó Kerval:

—Es simplemente una labor de humanización.

—Comprendo. Esta vida solitaria debe convertirle en un misántropo, reconcentrado, según la teoría de Burkhardt.

—Sí, algo parecido, y también un tanto primitivo. Los convencionalismos y pequeñeces sociales dejan de existir. El hombre vuelve a dejarse vencer por sus necesidades esenciales. Hambre, sed y el deseo de la mujer.

—Comprendo —replicó ella con voz que creía segura—. El hombre necesita de la mujer, como la mujer del hombre. Es por esto mismo por lo que he decidido casarme con James Clemens. Nos gustamos, nos respetamos, y somos igualmente estudiosos y considerados.

—Magníficas perspectivas para hacer de su matrimonio un infierno.

Respingó ella:

—No comprendo...

—En la enumeración de afinidades con su novio no ha mencionado la más importante. Amor.

—¿No son acaso sinónimos amor y respeto?

—El amor nada tiene que ver con ningún otro sentimiento, y menos todavía con el respeto. A veces, ni siquiera con la simpatía.

—¡Absurdo! Ya veo que usted no es británico ni norteamericano.

—Soy francés.

—Ya... Todo queda aclarado. El tema es impropio, señor Kerval, para discutirlo ahora. ¿Puede invitarme a cenar algo?

—Latas de todas clases. Hoy no pesqué nada.

—No abuse de las comidas en conserva. Son de escaso poder nutritivo, y forman un hábito perezoso.

—Ya... Me considera un haragán, ¿no? Lo soy.

—Acaso es por esto que sus padres le habrán enviado aquí.

—Exacto. ¿Cómo lo adivinó? Lo sabe usted todo.

—He leído mucho acerca de los hombres como usted.

—Y ha aprovechado bien las lecturas.

—Desde luego.

—Está usted siempre muy segura de sí. La envidia. Usted no sucumbiría nunca a un instinto primitivo.

—¡No! Para esto nos dieron la inteligencia. ¿Qué le pasa a su perro?

«Fripon» gruñía sordamente. Comentó Kerval:

—Sucumbió a su instinto primitivo, y está convaleciente.

Había anochecido por completo, con la rapidez del crepúsculo tropical.

—Entremos. Encenderé la lámpara. Permítame que la ayude... Así, muy bien. Es usted ágil. Siéntese aquí, y en un instante le preparo una cena frugal, pero rápida.

La preparó en la habitación contigua, encendiendo el hornillo de alcohol. Una sopa de tomate, contenido de una lata, un pollo, otra lata, y ensalada de hortalizas, último bote.

Ella le felicitó mientras comían.

—No he hecho más que calentar la sopa.

Pasaron unos momentos, y terminada ya la cena, preguntó ella:

—¿Por qué le mintió a James diciéndole que tenía una cita aquí?

—¿Por qué voy a mentir?

—¿Con quién podía tener aquí cita ninguna? No hay ni un alma viviente.

—Si creyó que mentía, ¿por qué no hizo que él se quedase?

—Tal vez porque quiero intentar adivinar qué clase de hombre es usted.

—Soy bretón, rubio, alto, flaco y tengo treinta años.

—Es una lástima que pierda tan miserablemente el tiempo aquí. Comprendo que no tengo derecho a hablarle así...

—En efecto, no tiene ningún derecho, pero me encanta oírla. ¿Qué supone que debo hacer con mi vida?

—Algo emocionante y de provecho. Especialmente ahora que su país está en guerra.

—¿Y si hablásemos de usted? ¿Qué diremos de su personalidad? También es inútil, por cuanto piensa casarse con este joven millonario al que ha confesado que no ama.

Se irguió ella indignadísima:

—¡Nunca dije semejante cosa!

—Me lo ha estado diciendo todo el tiempo. Con su actitud, sobre todo. Y con sus comentarios acerca de su punto de vista sobre el amor.

—No tiene derecho a hablarme así.

—El mismo que usted tenía en creerme un hombre que precisa regenerarse. Un animal objeto de estudio y clasificación. Dejemos esto, y admitamos que no está enamorada de su novio, por lo menos

en la forma en que puede llegar a enamorarse de otro hombre, algún día... si es que es usted capaz de enamorarse.

—¿Por qué no me cree capaz?

—¿Lo sería? Lo dudo.

—¡Tengo, como usted, alma, cuerpo e instintos!

Estaba rígida, como temiendo algo y deseándolo.

Murmuró Kerval, acercándose más:

—Entonces, veamos si es capaz de sentir como yo siento.

Comprendió ella que algo iba a suceder. Adivinó que él iba a besarla y que ella debía abofetear a aquel atrevido francés... Pero le fue imposible moverse ni balbucir una sola palabra de protesta, cuando él, haciéndola levantarse, la atrajo contra su cuerpo.

La besó, y saboreando sus labios comprobó la exquisita suavidad de su boca. Supo también que la boca que estaba besando era deliciosamente inexperta.

Trudi estaba quieta entre sus brazos como una colegiala asustada, o como una mujer que por vez primera siente pasión.

Y en el éxtasis estremecedor, resonó más duro y bestial el repentino aullido de muerte que lanzó el perro a la vez que se oía la detonación de un rifle.

CAPÍTULO VIII

El impacto pareció rebotar contra el umbral, cuando en realidad, penetrando la bala en el cuerpo del perro, lo abatía muerto.

Oyéronse pasos de hombres corriendo, y una vez desconocida, gritó:

—¡Salga fuera, Kerval, o prenderemos fuego a su choza!

Trudi Vanbilt dióse cuenta que estaba tendida en el diván y que Kerval arrodillado junto a la ventana, empuñaba un largo rifle, cuyo primer disparo pareció hacer explotar la propia choza.

En la pausa de hondo y aterrador silencio que siguió, ella pudo oír cómo la voz desconocida, conminaba:

—¡Ríndase, Kerval, y no le pasará nada!

—¡El que intente entrar aquí, lo pagará con su piel!

—¡No sea necio, Kerval! Somos cuatro rodeando su choza.

—No los veo. Avancen para que les pueda reconocer.

—Le damos cinco minutos para rendirse, Kerval. Si no lo hace, será completamente inútil, porque sin el menor riesgo incendiaremos de lejos, con estopa ardiendo, su choza, y el humo y las llamas le obligarán a salir.

Kerval iba de una ventana a otra, agazapado, después que hubo echado los travesaños que cerraban las puertas.

Trudi Vanbilt conocía ya dos emociones y dos instintos nuevos.

Un miedo enorme, y su reciente sensación de que hasta entonces, estudiando ciencia, había «perdido miserablemente el tiempo».

—Por favor —suplicó—. ¿Qué sucede, Kerval?

—Hay una pistola en aquel cajón. Me parece que si Clemens no acude pronto, él o quien sea, vamos a vivir unos momentos muy primitivos, Trudi. Lo siento, pero esta nueva emoción yo no...

Interrumpiéndose, apretó el gatillo.

Se oyó un gemido, ahogado por el estampido del balazo, y la voz gritó:

—¡Ríndete, Kerval!

Corriendo a la otra ventana, contestó el bretón:

—¡Somos dos aquí, y vosotros ya quedáis reducidos a tres!

Trudi Vanbilt ya no oía nada. La brusca interrupción de Kerval, el disparo y el gemido del hombre invisible, malherido, le habían proporcionado la cuarta emoción de aquel atardecer.

Se había desmayado.

Kerval iba de una ventana a otra, arrodillado. El quinqué saltó en pedazos, destrozado por un certero balazo.

Ahora ya no terna la ventaja del cerco de luz que afuera iluminaba la galería.

Sus adversarios, indudablemente enviados por el mismo personaje que envió cuatro pistoleros a apoderarse de una cartera, venían ahora a averiguar lo sucedido con su intervención.

Les sería más fácil ahora intentar penetrar en la oscura cabaña.

Oyó el tenue crujido de unas suelas de zapato acercarse por la puerta posterior. Disparó a ciegas por la ventana.

Oyó rumor de carreras. Recargó el rifle y dejándolo en el suelo, fue a recoger la brillante pistola en el cajón abierto por Trudi antes de desmayarse.

Las tinieblas eran completas. Y sentado contra el tabique, en el rincón más oscuro, sintiendo contra el cuerpo la tibieza femenina de la desvanecida, Kerval contuvo la respiración.

Miraba alternativamente hacia los dos marcos de las ventanas abiertas, esperando una sombra más densa.

Y dirigía respectivamente hacia las dos ventanas el rifle, con la culata apoyada en el suelo, y la pistola apoyada en la rodilla.

Fuera, todo era silencio y temible quietud. Una quietud más amenazadora que cualquier ruido.

* * *

Provisto de la brújula y linterna que sacó del avión, James Clemens avanzaba por la floresta. Creía percibir en la noche circundante malignos ojos que le acechaban entre susurros fantasmales.

Hubo un instante en que creyó percibir lejanos disparos. Se reprochó su impresionabilidad, y siguió andando apresuradamente, porque quería, cuanto antes, volver junto a Trudi.

Distinguía ya los bosques de abedules y los senderos que, como

misteriosos túneles llevaban al prado, donde al poco apareció el gran estanque de aguas negras, en cuyo centro estaba la isleta.

En ella se alzaba la casa, de madera negra, ladrillos y argamasa blanca, con pronunciados aleros inclinados.

El piso superior más saliente que el inferior, estaba apuntalado por grandes postes de roble.

Se dirigió Clemens al embarcadero donde estaba atada una barca de fondo plano. Entrando en ella sujetó Clemens los dos remos.

La barca empezó a avanzar hacia la isla. Cuando distaba veinte metros de tierra, se iluminó el arco de focos de la puerta delantera.

Y la luz eléctrica de los grupos generadores de la isla Turnip, devolvió su habitual serenidad a Clemens.

Cuando, tras atracar la barca, pisó tierra firme recibió, al enderezarse, una sorpresa agradable.

En la escalinata iluminada por los potentes focos, había una desconocida.

Una espléndida rubia, vestida con túnica azul, sujeta por un cinturón de malla verde que ajustábase a sus caderas como una vaina, dejando al descubierto hombros, garganta y brazos.

La rubia melena ondeaba en cascada cubriendo parte de los hombros.

Indeciso, al pie de la escalera, preguntó:

—¿Está el señor Vanbilt? Soy James Clemens.

La voz femenina era grave, sensual:

—Le está esperando. Yo soy Frieda Malers, invitada de Nick, que empezaba a estar inquieto por usted. Vimos el avión buscando aterrizaje lejos de aquí.

Tras el vestíbulo, se abría un amplio salón amueblado al estilo colonial.

—Disculpe unos instantes a Nick. Está con dos invitados. ¿Le puedo ofrecer algo?

—Tomaría con agrado cerveza. He caminado cerca de una hora. Capotó el avión, pero por suerte ni la señorita Vanbilt ni yo sufrimos daño alguno.

—No me dijo Nick que su sobrina venía también.

—No lo sabe.

Después de tenderle al millonario un vaso de cerveza, sentóse ella.

Era una mujer rondando los treinta y cinco años, pero su madura belleza era rotundamente fascinante.

En el salón entraron dos individuos. Ninguno de ellos era Vanbilt.

Presentó Frieda Malers:

—Mi esposo Freddy y un amigo, Jacky Strivers. El señor Jim Clemens que sufrió un accidente y que viene de Nueva York, acompañado por la señorita Trudi Vanbilt.

—¡Magnífico! —exclamó el llamado Strivers, al parecer inconsecuentemente, añadiendo—: Nick viene enseguida. Mientras, puedo informarle de lo que siguió.

Clemens era amable, pero sentía deseos de preguntar la razón por la que, estando él en su propia casa, era casi tratado como un visitante por aquellos desconocidos.

Explicaba Strivers:

—Ayer mañana cuatro pistoleros mexicanos arrebataron la cartera que contenía el resultado de las investigaciones que Nick enviaba a Nueva York. Huyeron en la lancha de un americano llamado Driscol, no pudiendo ser atrapados. Después, la lancha a la deriva, llegó a poder de un francés llamado Kerval...

—¿Kerval? Este es el hombre que ha dado hospitalidad a Trudi.

—En la canoa estaban muertos los cuatro pistoleros. Driscol, en grave estado, desapareció. Y Nick estaba muy interesado en que todos cuantos pudieran haber tomado notas de sus investigaciones fueran apresados...

Clemens se puso en pie, atajando a Strivers:

—¿Dónde está Nick? Empieza a parecerme extraño no haber visto a la servidumbre.

—Lo encontrará en el piso alto.

Subió Clemens la escalera, presintiendo algo inexplicable. Vio la puerta que correspondía a uno de los laboratorios, abierta y con luz.

Entró.

Se quedó rígido por la desagradable sorpresa.

Encima de una mesa, aparecía atado Stuart Driscol.

Y en dos sillas, junto a la mesa, también atados concienzudamente, Nicholas y Horace Vanbilt.

Strivers, detrás de Clemens, le asió por ambas muñecas.

Fred Malers que estaba al su lado, asestó un recio puñetazo en

gancho a la mandíbula del millonario.

Se desplomó Clemens, completamente fuera de combate.

CAPÍTULO IX

Cuando Clemens recuperó la noción de las cosas fue para verse atado en otra silla junto a los dos hermanos Vanbilt.

Horace permanecía mudo, pero el inventor se deshacía en improperios de todas clases contra los tres personajes que, en pie, parecían divertirse.

—¡Cállese, Nick! —exigió Clemens—. Nada arreglará con chillidos histéricos. Es preciso saber a qué obedece todo esto. ¿Qué pasa aquí?

Su pregunta iba dirigida a Strivers, en quien adivinaba al cabecilla de los tres.

Jack Strivers replicó:

—Las circunstancias nos han obligado a intervenir rápidamente antes que intervenga el OSS. Los cuatro mexicanos que perecieron en la canoa eran de mi banda. Tenían por misión traerme la cartera, y al no aparecer en el punto señalado de la costa venezolana, tuvimos que venir.

—¡Me cogieron los papeles que ayer noche rescaté! —chilló Nicholas Vanbilt—. Esta tarde entraron aquí, con otros cuatro, y apresaron a la servidumbre, encerrándola en la bodega.

—Si ya tienen la cartera —dijo fríamente Clemens—, ¿por qué nos mantienen prisioneros y permanecen aquí?

—Un secreto de la valiosa importancia de lo descubierto por Vanbilt, deja de tener valor si hay otros que lo conocen. Este hombre —y Strivers señaló al durmiente Driscoll— pudo copiar las fórmulas y esconderlas en algún lugar. Estaba oculto en casa del doctor, que también pudo copiar las fórmulas. Por lo tanto, antes de irnos, debemos evitar que estos dos puedan anular el valor inmenso del secreto que ahora poseemos, y que venderemos al mejor postor.

—Y hay también un tercer posible competidor que debemos anular —intervino Fred Malers—. Un hombre que pudo levantar los lacres. Me refiero a Kerval.

Remachó Strivers:

—En estos momentos Kerval estará ya anulado por los cuatro compañeros que hemos enviado a la tarea.

Clemens crispó los atados puños. Pensaba en Trudi, que se hallaba con Kerval en un peligro mucho más deplorable que un posible galanteo.

—Cuando Kerval haya caído, entonces usted, doctor, y usted, si es que nos oye, Driscol, se llevarán el secreto al otro mundo.

Frieda Malers, posando sus verdes ojos sobre Nicholas Vanbilt, habló por vez primera:

—Naturalmente, usted no podrá seguir en sus inventos. Tiene una escasa posibilidad de salvarse. Tal vez nos lo llevemos, si accede a trabajar para nosotros.

—No. No porque sería un peligro constante —decretó Strivers—. Tendrá que seguir la misma suerte que los otros.

Intervino Clemens:

—No veo razón alguna para convertir esto en un osario. Ustedes no trabajan para ningún servicio de espionaje en concreto, ¿verdad?

—Ya se lo he dado a entender —replicó Strivers—... Pudimos enterarnos de la importancia de los trabajos de Vanbilt por alguien, y decidimos todos que valía la pena jugar la gran baza. Falló por culpa de Driscol que mató a nuestros cuatro compañeros.

—¿Qué piensan hacer con el invento?

—Venderlo a quién mejor lo pague.

—Ponga precio. Lo pagaré —dijo Clemens—. Pero, antes que nada, necesito que eviten que cualquier daño le suceda a Trudi Vanbilt que está en la cabaña de Kerval.

—¿A cuánto asciende su fortuna, Clemens?

—Más o menos, ocho millones.

—Es poca cosa.

—Puedo conseguir más.

—No creo que le suceda ningún daño a su novia, Clemens. La orden es evitar luchas, y si es posible, traer aquí, vivo, a Kerval. Por lo tanto, nada le pasará a Trudi Vanbilt. Casi puedo garantizárselo.

—Concretemos. Si ustedes respetan las vidas de los aquí presentes, yo me comprometo a pagar lo que pidan por la devolución de los documentos.

—¡No lo haga! —chilló Nicholas Vanbilt—. Estos malandrines

sacarán copia después de arruinarle a usted y a quienes...

—Chitón —dijo suavemente Fred Malers.

Avanzando colocó su puño cerrado ante las narices del inventor:

—Si vuelve a graznar, le parto la boca.

Cerró el inventor la boca rápidamente.

Habló Strivers:

—Cuando estén de regreso los compañeros que han ido a por Kerval, seguiremos hablando, Clemens. Vaya pensando un medio seguro, sin peligro para nosotros, de cobrar en oro. Nada de billetes. Oro pesado al gramo, a su cotización normal, en lingotes. Cien millones de dólares. Ahora, quedan libres para discutir a solas.

Salieron los tres.

Abatido, murmuró Clemens:

—Cien millones... No podré reunirlos.

—El Departamento de Estado —sugirió el doctor Vanbilt.

—No se arriesgarían sin tener seguridad de que el invento es eficaz. Y mientras esté preso su hermano Nick...

Nicholas Vanbilt deslizó una ojeada venenosa hacia su hermano.

—¡Oiga, James! No me extrañaría nada en absoluto que este bribón estuviera en complicidad con estos canallas.

—No acuse sin pruebas —rebatíó secamente Clemens—. No perdamos la cabeza.

Se callaron los tres porque de la mesa procedía tenuemente la voz de Driscol diciendo:

—Uno que se acerque... Aquí, junto a la mesa, está el nudo principal. Usted, Clemens, tiene buena dentadura... por lo que veo. Usted, chille, sabio del demonio, que por culpa de sus condenados inventos... mataron a Waldo. Chille, y así no oirán los saltos con los que Clemens... se acercará...

Fue el doctor Vanbilt el que empezó a gritar imprecando como si estuviera furioso.

Clemens apoyándose en la planta de los pies, dio dos saltos hacia adelante con su silla.

Cuando su cabeza rozaba el sitio señalado por Driscol, cesó de imprecicar el doctor.

Afanosamente aplicó los dientes Clemens al nudo.

Driscol fue hablando con entonación monótona, cerrados los ojos:

—Ni sabía yo que nos estábamos matando por un maldito invento. Creí que eran billetes de banco. Usted es un espantoso imbécil y un siniestro cretino, inventor Vanbilt. Cuando se logra algo tan valioso como su puerco invento, no se manda por correo como si fuera una postal a un compadre. Se lleva personalmente y se juega uno el bigote. ¿Progresas, Clemens?

Clemens mordía con salvajismo la cuerda. Driscoll apoyó puños y codos en la mesa, tensando los bíceps que resaltaron bajo la corta manga.

Nicholas Vanbilt murmuró angustiado:

—Si nos cogen así... nos matan.

—Igual le matarán, cretino. ¡Mira que mandar por correo un invento que iba a ser la causa de la muerte del pobre Waldo...! Si no fuera trágico, sería grotesco. Oiga, doctor, lo siento por usted, por tener un hermano tan botarate. ¿Progresas, Clemens? Bueno... Usted, con tantos millones, está acostumbrado a comer carne tierna. Yo ya hubiera masticado la cuerda, demonios.

—Hay un cuchillo en aquella mesa del rincón —dijo el doctor.

—Déjese caer de lado, doctor. Ruede, y si agarra el cuchillo, le juro que aún entablillado como estoy terminaré con el trío. La rubia me huele a alemana, aparte de que está jamón.

Horace Vanbilt se dejó caer de costado, y trabajosamente fue rodando por el suelo con la silla a la que estaba atado.

Abrióse la puerta y Strivers, entrando, se dirigió rectamente hacia Clemens asiéndole de los cabellos y apartándole de la mesa.

Después se sentó junto al cuchillo, y con el pie de plano, empujó ominosamente por el pecho al doctor, tendido en el suelo con la silla.

—Déjense de hacer cabriolas tan estúpidas como lo son las pretensiones de escapar. Frieda acaba de leer parte de sus interesantes estudios, Vanbilt, y ha habido un detalle que le ha agradado sobremanera. Saber que todo este instrumental —y Strivers señaló en derredor de la estancia— y el contenido en los otros dos laboratorios, le ha costado más de un año acoplarlo y conseguir las complicadas piezas.

Oyóse en las dos salas vecinas ruidos de vidrios estallando, maderas crujiendo y cuantos estrépitos producía la rotura de objetos.

Cerrando los ojos, gimió el inventor Vanbilt:

—¡Bárbaros! Están destrozando todo.

Strivers asió un pesado martillo y fue rompiendo cuanto había sobre las mesas y estantes.

Terminó sudoroso, y esgrimiendo aún el martillo, se sentó.

—El fuego terminará la tarea —dijo lacónicamente.

Desde su mesa, masculló Driscol:

—O sea que, ¿eres tú el jefe de la pandilla?

Irrumpió corriendo Fred Malers:

—Ven, Jack. Creo que los que están desembarcando no son los nuestros. Dice Frieda...

Pero ya Jack Strivers corría abandonando el laboratorio seguido por Fred Malers.

Pasaron unos instantes de tensa espera por parte de los prisioneros. Oyeron un rumor de remos batiendo furiosamente el agua, y después, el clásico petardeo de dos motocicletas.

Unos disparos espaciados y voces gritando imperativamente.

El doctor Vanbilt murmuró, pensando en otra cosa:

—Solamente Volendam podía saber que Driscol estaba en mi casa.

—¿Qué dice? —preguntó Clemens.

—¡La policía! —aulló el inventor—. ¡Como siempre, tarde! ¡Cuando ya estos cafres han destrozado mi instrumental!

—Peor hubiera sido que destrozasen su anatomía —gruñó Driscol.

Escaleras arriba, varios agentes subían hacia los laboratorios.

Apenas el primero de ellos pisó el laboratorio donde estaban los prisioneros, preguntó Nicholas Vanbilt:

—¿Los cogieron?

—Escaparon. Pero confiamos en que los capturarán nuestros...

—¡Ineptos, incapaces...!

El policía se acercó a la mesa donde estaba tendido Driscol, y dijo solemnemente:

—Stuart Driscol, en nombre de la ley, queda detenido por complicidad en el atentado contra funcionarios públicos.

CAPÍTULO X

En las tinieblas, Trudi Vanbilt fue incorporándose hasta quedar sentada junto a Kerval, que dirigía hacia una ventana el cañón del rifle y hacia la otra, su pistola.

Susurró ella:

—Si dura más este silencio, me volveré loca... Es horrible esta espera, sabiendo que hay hombres que quieren matarte...

—Los pasos se han alejado. Saben que les resultará difícil penetrar aquí, donde no hay luz.

—Habrán ido a buscar alguna linterna, y... y...

—No tiembles tanto porque me contagias, muchacha. No encenderán linternas porque esto les convertiría en blancos fáciles. Si vuelven a...

—Tengo mucho miedo, Kerval... Todavía no me has dicho cuál es tu nombre. Estoy nerviosa, y... claro... dime... tu nombre.

—Mi nombre es florido, y como cuando me lo pusieron todavía no podía yo opinar, se me quedó el dichoso Florian incrustado. Es un nombre muy apreciado en Bretaña, menos por quien lo lleva. ¡Quieta!

Unos pasos cautelosos se aproximaban. Oyéronse voces imperativas, forcejeos...

Una voz, la del hombre que se acercaba, preguntó:

—¿Está herido, Kerval?

Reconoció Kerval el timbre sonoro y cortés del comisario Volendam. También recordó las sospechas del doctor Vanbilt.

¿Venía el comisario a rematarle, amparado en su cargo policial?

Todo era posible, en la secreta lucha entre agentes internacionales. Apoyó la mano armada de pistola en el hombro de Trudi musitando:

—Sigue aquí, quieta.

Levantóse y agazapado, llegó hasta la ventana. La figura del comisario vestido de dril blanco, destacaba en la penumbra. Venía

solo, desnudas las manos.

—Buenas noches, comisario. Grata su presencia. Oportunísima su llegada. Hay cuatro individuos rodeando la casa, y usted ofrece mucho blanco. Pero si camina tan despreocupadamente...

—Al vernos llegar, huyeron, llevándose a un herido. ¿Puede encender una luz?

Kerval aplicó una cerilla al quinqué de repuesto. Luego salió, permaneciendo unos momentos arrodillado acariciando al perro sin vida.

Al divisar en el rincón de la sala, sentada, a Trudi Vanbilt, el comisario Volendam se quitó el sombrero jipijapa.

—Permítame presentarme. Soy el comisario Volendam y me felicito por haber podido serle útil.

—Es la señorita Trudi Vanbilt —dijo Kerval, entrando.

—Entonces, el avión que nos hizo acudir al ser divisado buscando aterrizaje, es el vehículo en el que ha llegado usted, señorita Vanbilt.

Levantóse ella, ayudada por Kerval. Iba recuperando su habitual dominio, que solo perdió al recibir el primer beso, en el que ella puso ardor de novicia y él complacencia sensual.

—Temo por James Clemens, comisario. Fue hacia la isla Turnip.

—Me felicito de poder anunciarle que tengo destacados allá, vigilando, a una docena de agentes. Habrán sabido impedir cualquier desmán de esta cuadrilla de *gangsters* americanos.

—¿Y mi tío?

—Si acepta mi sugerencia, señorita, podrá tranquilizarse yendo en el coche de mi ayudante a la casa de Turnip. Todos los que han participado en la actividad de esta noche, nos reuniremos en la comisaria.

Ella miró titubeante a Kerval. Después dijo:

—Sí, debo ir, porque no estaré tranquila hasta ver salvos a mi tío y a James.

Llamó el comisario a su ayudante, y poco después el coche se alejaba hacia el norte.

Se sentó Volendam aceptando la invitación de Kerval a beber cerveza.

—El ataque contra usted, Kerval, se debió sin duda a que los *gangsters* le creyeron complicado en todo este asunto.

—Ya le dije que nada tengo que ver con todo esto aparte la casualidad que quise traer hasta aquí la canoa.

—Y el avión. Si yo fuera de los pocos que niegan el gran papel que en nuestras existencias juega el azar recelaría del doble azar que le ha mezclado, primero con Driscoll, y después con Clemens y la señorita Vanbilt. ¿Me permite una sugerencia, Kerval?

—Tiene usted un modo tan amable de rogar, cuando puede ordenar, que sería en mí una falta de gusto y de tacto, desoír sus sugerencias.

—Dentro de unos instantes se formará una caravana hacia la capital. Psicológicamente será interesante la reunión de la señorita Trudi con su padre y su tío, y Clemens. Acuda usted con su balandro, y tendrá tiempo de reflexionar a solas, si le conviene o no, ser explícito conmigo.

—¿Sobre qué?

—Piénselo. Hasta luego, Kerval.

* * *

Cuando Trudi Vanbilt llegó a la casa de la isla Turnip, se habían ido ya, acompañados por tres agentes, Driscoll, en camilla, y el doctor Vanbilt.

Clemens y Nicholas Vanbilt, tomaron el camino de la capital en el coche del ayudante con Trudi.

La liberada servidumbre, permaneció en la casa, menos Julius Damm, el mestizo secretario del inventor. Los tres mulatos al servicio del doctor regresaron a la Casa Vieja.

El comentario general aunque dicho en voz baja, era que si bien las huestes del comisario Volendam lograron evitar mayores desgracias, no habían sido capaces de apresar a la cuadrilla de *gangsters*.

Y el que no lo decía en voz baja, sino con desaforada voz, era Nicholas Vanbilt, culpando a los agentes y sobre todo al comisario, de la destrucción de sus laboratorios y la desaparición de los documentos en poder de los fugitivos.

Cuando llegaron a la comisaría les esperaba Volendam que soportó estoicamente la primera rociada de improperios del inventor, hasta que, alzando la mano, impuso silencio.

—Un agente de la Oficina de Servicios Estratégicos ha venido en

avión, señor Vanbilt, para invitarle a proseguir sus trabajos en lugar seguro, allí en Nueva York. Creo que desean averiguar todo lo referente a los sucesos, y sobre todo el origen de la relación que le une con el señor Clemens. ¿Desea hablar con el doctor Vanbilt, señorita Trudi?

—No, no quiero —silabeó ella secamente.

Al llegar Kerval, supo por el ayudante que el avión procedente de Nueva York, enviado por la OSS, había ya remontado el vuelo de regreso, llevándose al inventor, a Clemens, a Driscoll y a Julius Damm, el secretario del inventor.

Informó el ayudante que el doctor estaba hablando con el comisario.

—¿Y la señorita Vanbilt? —quiso saber Kerval extrañado.

—Manifestó que estaba aún muy impresionada y que iría a Nueva York en otro avión. Insistió el señor Clemens, pero ella se hizo fuerte en su decisión. El comisario le espera, señor Kerval. Me dio orden de introducirle apenas llegase.

Cuando entró Kerval, el doctor Vanbilt se estaba despidiendo del comisario. Estrechó también la diestra del francés, diciendo:

—Estaré ausente algún tiempo, Kerval. Espero volverle a ver. Me ha sido usted simpático, y según parece, también a mi hija, que no hacía más que preguntar por usted, según me ha informado el comisario, ya que no he merecido el honor de que ella se dignase verme.

Se marchó el doctor, y el comisario juntó las yemas de los dedos, aplicando sobre ellos los labios, mientras relucían humorísticamente sus inteligentes ojos.

—En mi profesión, Kerval, debemos olvidarnos de dos cualidades muy humanas: el amor propio y la ostentación. Tenemos que soportar toda clase de vejaciones cuando fracasamos.

—No hubo fracaso, puesto que evitó, como dijo la radio, que Flamingo se convirtiese en el osario del Caribe.

—Pero los papeles Vanbilt no han sido recuperados, y la cuadrilla pudo escapar. Hasta que el avión no despegó, tuve que oír toda clase de calificativos que el inventor me aplicó con generosidad. ¿Conocía usted a Frieda Malers, a su esposo, y al inseparable Strivers?

—Hacían temporadas de pesca por estas playas. Les vi alguna

que otra vez.

—Son los tres principales de la pandilla, compuesta por los cuatro que rodearon su cabaña, y los otros cuatro que mató Driscoll. ¿Me permite invitarle a presenciar uno de esos interrogatorios especiales muy privados?

—Será curioso. ¿Y a quién someterá a interrogatorio?

—Ahora verá.

Pasaron por un corredor, al final del cual un policía uniformado les abrió una puerta.

La sala era cuadrada y al fondo, sobre un estrado, había siete personas en pie, adosados a una pared e iluminados por distintos focos.

Una de estas personas estaba sentada, ostentando vendajes en el pecho.

—Es el pistolero que usted hirió, Kerval.

Kerval parpadeaba. No solo porque la sala estaba en tinieblas, únicamente iluminada en el estrado, sino porque acababa de reconocer a Jack Strivers, Frieda Malers y su esposo Fred.

Todos ellos estaban esposados.

—¿No dijo que habían escapado? —empezó a inquirir Kerval.

—Este es el sacrificio de que le hablaba. Los atrapamos a todos, pero me convenía hacer creer que habían huido con los documentos. También los documentos y la copia que usted sacó están camino de Nueve York, en la valija del agente del OSS. Pero ninguno de los demás viajeros lo sabe.

—¿A qué obedece tanta intriga?

—Esos que ahí ve no son más que pececillos. Pero será mejor que escuche ahora. Tengo entendido que domina a la perfección el alemán, hablándolo igual que el inglés.

—Sí. Estuve tres años de agregado naval en Berlín.

El comisario Volendam avanzó unos pasos, hasta llegar junto al reborde del estrado. Dijo en alemán:

—*Frau* Malers, como señora tiene preferencia. ¿Persiste como los demás en declarar que son una banda, como si dijéramos una sociedad anónima mercenaria, dedicada al robo de inventos, para venderlos, al mejor postor?

Frieda Malers se encogió de hombros, despectiva.

Fue Strivers el que replicó ceñudo:

—Ya hemos sido atrapados. ¿Qué más quiere?

—La identidad de quién los dirigió en sus operaciones por la isla.

—Yo soy el jefe, solamente yo —afirmó Strivers.

—No. Al verdadero jefe le interesaba hacer creer que el invento era robado por *gangsters*. Sí, ustedes son *gangsters*, pero al servicio de la Gestapo.

Fred Malers rio burlonamente:

—¿También sufre usted de la manía de que cualquier acción hoy en día es inspirada, desde lejos, por los tenebrosos genios del espionaje alemán?

—Lo que les indico es que como cómplices e inductores posibles de los mexicanos, los tres van a encajar una condena larga. Puede acortarse si aportan una declaración probatoria de los móviles que indujeron a su jefe a ordenar la espectacular muerte, en pleno día, de tres funcionarios públicos.

Los tres principales interrogados sacudieron la cabeza negativamente. Lo mismo hicieron los otros cuatro. Ostentaban todos una expresión de crispado recelo, que podía ser debida al deslumbre de los focos.

Tras una larga pausa, comentó Volendam:

—Comprendido. Piensan que más vale cumplir condena, pero callar, porque así cuando salgan de la cárcel, no tendrán que temer la venganza de la Gestapo que castiga duramente a los delatores. No insistiré. Volveré a verles, cuando tenga las pruebas de que el jefe que les movió como a títeres, es quien menos podíamos sospechar. Hasta pronto.

El comisario cogió del brazo a Kerval, y ya de nuevo en el despacho, sentados, sonrió:

—¿Le parecen muchos misterios?

—Debo manifestarle, que si bien soy curioso por naturaleza, en todo esto, yo no tengo nada que ver.

—Ya. ¿Y no tiene interés por saber quién es el cabecilla?

—Si engañó a varias personas, haciéndolas creer que esta cuadrilla había escapado con los documentos, es porque supone que el jefe debe ser una de las personas que viajan en el avión, o el doctor Vanbilt.

—Es Nicholas Vanbilt.

CAPÍTULO XI

—¿Cómo? ¡Imposible! Si él es el propio inventor. Y su indignación era enorme...

—Mi gran vicio es resolver rompecabezas. Y verá como usted mismo irá colocando cada pieza en su sitio. Recapacitemos. Primer punto que despertó mi sospecha: los que quieren apoderarse de los documentos del invento forzosamente estarán al acecho de la casa de Turnip, y por consiguiente verán salir al secretario de confianza, Julius Damm, llevando el sobre a la capital. ¿Capta la onda?

Entornados los párpados en esfuerzo deductivo cabeceó Kerval afirmativamente:

—Les hubiera sido mucho más sencillo atacar a Julius Damm. Pero, entonces, ¿por qué prefirieron llamar la atención, matando y robando a plena luz del día?

—Para eso mismo que ha dicho. Para llamar la atención. ¿Por qué? Esta era la pieza más ardua del rompecabezas.

Veáase que Volendam gozaba con la solución de su «rompecabezas». Kerval chasqueó los dedos antes de exponer:

—Entonces, Nick Vanbilt lo planeó todo con la ayuda de la pandilla, ¿para poder introducirse en los laboratorios secretos norteamericanos?

—Exacto. Nadie desconfiaría de él. Y allá va donde quiso, porque al OSS le interesa ahora saber quién es el agente de enlace y relación en Nueva York entre él y Alemania. A Nick se le comunicará que Strivers y todos los demás, murieron porque quisieron escapar a tiros y la policía sobre su pista los tuvo que eliminar. ¿Cuál es la jugada normal siguiente?

—Sabiendo que ya no puede contar con estos elementos de enlace, tendrá que acudir al espía de Nueva York.

—Y cada pieza del rompecabezas habrá quedado encajada en su debido lugar. Ahora, ¿me permite una sugerencia, Kerval?

—Cuantas quiera.

—El doctor tuvo a bien revelarme quién era. Va también a Nueva York. ¿Le contó su historia?

—Fuimos interrumpidos. Precisamente por su llegada, comisario.

—Algún día le contaré el final. Y ya que, al parecer, ha ejercido usted una gran influencia en el espíritu de Trudi, no estaría de más que lograrse eliminar el punto antipático de esta tan deliciosa damita.

—¿Cuál?

—Su rígida actitud sin misericordia hacia su padre. ¿Me permite una última sugerencia, Kerval?

Rio el francés.

—¿Qué conejo se sacará ahora de la manga?

—Nada en las manos, nada en las mangas —y Volendam imitaba los gestos preciosistas de los prestidigitadores—. Todo aquí.

Se golpeó la frente con legítimo orgullo.

—¿Ha pescado ya los peces que deseaba, Kerval?

—Todavía no.

—Es posible que se relacione con los buques franceses disidentes que estallan en alta mar.

—No es posible. Es seguro —sonrió el francés.

—Bien. ¿Qué piezas tiene de este otro rompecabezas?

—Solo una. Nadie de a bordo puede colocar los explosivos, ni nadie puede subirlos a bordo.

—¿Por qué?

—La vigilancia es extremadísima, mientras cargan y durante el viaje.

—Pero hay otros medios. Por ejemplo, nuestro famoso licor. La ginebra. Va envasada en barrilitos preciosos, y cada barco se lleva desde docenas de cajas a centenares, dando vida a nuestras destilerías. Una bomba de retardamiento cabe en cualquier barrilito.

—No es la bodega del barco la que estalla en los buques siniestrados, sino las calderas.

—¿Y qué ha deducido, pues?

—¿Qué deduciría usted?

—Veamos... Nadie lo sube a bordo —murmuró Volendam, ojos cerrados—, nadie lo coloca a bordo directamente... Ya, ya, ya... ¿Cómo se suministran los buques de petróleo?

—Por las tuberías de conducción llamadas «pipe-line» que como gigantescas serpientes, se extienden desde los depósitos de las refinerías hasta las entrañas del buque.

—Eso es. Y el tubo, conduciendo el combustible, parte de las refinerías, se interna en el mar y vuelve a subir a bordo. La anchura de la tubería permitiría el paso a una bomba especial de nitroglicerina, con mecanismo-relojería de retardamiento.

—Acertó plenamente —admitió Kerval—. Junto con el petróleo entraría así a bordo la bomba.

—¿Y usted, buceando, pretende averiguarlo?

—Amigo Volendam —sonrió Kerval, poniéndose en pie—. Haré lo mismo que usted. Cuando resuelva mi rompecabezas vendré a este despacho a colocar cada pieza encajando en su sitio adecuado.

—De acuerdo. ¿Necesita mi ayuda en algo?

—Para detener al que en el grifo de salida de la refinería coloca la bomba dentro del depósito de aprovisionamiento.

—¡Diantres! ¿Y cómo podrá averiguarlo, buceando?

—Permítame ser como usted, un reservado y misterioso jugador, hasta que tenga todas las piezas. Buenas noches, comisario.

—Buenas noches, tritón solitario.

CAPÍTULO XII

A media mañana del día siguiente, el balandro de Kerval estaba anclado a unos cincuenta metros de una playa distante varios kilómetros de su cabaña.

No se veía a nadie, y Trudi Vanbilt, al volante de la canoa que había alquilado, fue parando el motor a medida que la embarcación se acercaba al balandro.

Tras varios intentos consiguió ella por fin amarrar la borda de su canoa al balandro. Oteó el mar, extrañada.

Y súbitamente, a escasa distancia del casco, hubo un remolino.

Surgió una figura irreal, monstruosa, que la hizo palidecer y llevarse la mano a la boca para contener un grito de pavor.

La figura tenía una cabeza redonda, lisa, con grandes ojos acuosos, blanca, un torso metálico abombado, enorme, que hacía diminuta la cabeza y unos reptiles oscuros se enroscaban alrededor del cuello.

Grandes aletas remataban las piernas humanas, y en la diestra la monstruosa figura llevaba un tridente, larga pértiga terminada en tres agudas puntas de acero.

La figura subió al balandro, desprendió unas anillas, y sobre cubierta quedó el artefacto que abombaba pecho y espalda.

Se quitó el casco que formaba una sola pieza con las gafas, y reconoció ella entonces a Florian Kerval que se descalzaba las aletas natatorias.

—¡Qué susto me dio usted, señor Kerval!

—Hola, Trudi. ¿Qué tal dormiste?

Ella aceptó apresuradamente el tuteo y la naturalidad con la que se comportaba el francés. Había temido alusiones a la apasionada noche anterior.

—Tenía curiosidad por verte, Florian, porque dicen en la capital que eres un campeón de la pesca submarina. Es un deporte que desconozco, y no sabía que eran precisos tantos aditamentos

horribles.

—Esta coraza son los dos cilindros de oxígeno que permiten bucear hondamente y prolongado. Esto que parece un morro de cerdo, es el respiradero conectado con los balones de oxígeno.

—Debe ser muy interesante este deporte, Florian.

—Las novias bretonas no llaman a sus prometidos por el nombre, sino por un diminutivo del apellido. Me correspondería ser llamado Ker, si desgraciadamente no fueras ya la novia de James Clemens.

Ella miró a otro lado al contestar:

—Para esto me he quedado, Ker... Para poner en claro mis pensamientos. Tú... tú no me habrías besado como lo hiciste... si no te sintieras atraído hacia mí. Me es difícil hablar, Ker...

—No lo hagas. Sigue poniendo en claro tus pensamientos.

—Esta lanza con tres cuchillos, ¿para qué es, Ker?

—En estas aguas abundan los tiburones. Y esta es el arma más eficaz contra ellos, si no acuden en manada.

—Vives muy peligrosamente, Ker.

—Bajo el mar hay maravillas insospechadas, Trudi.

—Yo creía que para pescar bajo el mar era necesario un fusil especial que lanza un arpón.

—Así es. Lo empleo. Es aquel. Último modelo.

—Resultas misterioso, Ker. Ayer te atacaron los componentes de la banda de espías. Eres pues un agente secreto.

—Si lo soy, debe seguir siendo secreto —rio Kerval—. Como ya terminé hoy mi trabajo, tu canoa me viene bien. En ella iremos a visitar al comisario Volendam. Como me consta que tienes un gran afán por instruirte, puedes venir con nosotros y aprenderás cosas muy curiosas acerca del suministro de combustible a las naves.

En la canoa, veloz y ligera, llegaron pronto al muelle de la comisaría. Durante el trayecto, Kerval vistió su pantalón y camisa. El comisario Volendam demostró que la visita le complacía.

—El «carga» francés tipo «Liberty», *Chlaoud*, está siendo suministrado por dos *pipe-line* de la refinería. Dentro de media hora podrá zarpar. Me gustaría que usted subiera a bordo para detener al agente alemán que es el causante de las explosiones de los buques mercantes franceses.

—Si ya sabe quién es, podemos proceder a detenerle antes que zarpe el buque.

—Imposible. Es imprescindible que la nave se ponga en marcha antes de apresar al culpable. Se lo explicaré prácticamente... después.

—¿Puedo ir a bordo yo también, Ker?

—Mejor compañía no puede tener el comisario. Hasta luego. Yo tengo antes que atender un asunto. A bordo nos veremos, pero no me conocerán porque a bordo seré un supuesto técnico en calderas.

—Muy misterioso, muy misterioso —aprobó Volendam, complacido.

Kerval empleó como transporte las vagonetas que enlazaban la capital con la refinería número tres.

A su llegada le recibió en un despacho particular el ingeniero adjunto francés, enviado para colaborar en el descubrimiento del agente o agentes culpables de las explosiones en el mar.

—¿Descubrió ya algo, Kerval?

—Sí. Aunque costó bucear mucho el hallar el medio empleado, un medio muy ingenioso.

—Entonces...

—Todavía no. Me proporcionará usted un «mono» manchado de grasa, y me presentará como técnico en calderas al equipo que hoy ha estado en los dos tubos de suministro al *Chlaoud*.

—Como ya le expliqué, Kerval, son seis operarios. Tres que tienen a su cargo extraer con grúa el extremo de la *pipe-line* para enchufarla a bordo en los tanques.

—Estos tres quedan descartados. Son los otros tres, los que atienden a la boca que parte de los depósitos de la refinería. Uno de estos tres es el agente nazi.

—¿No sabe cuál de los tres?

—No.

—Entonces...

—Pero a bordo lo averiguaré. Y por un procedimiento sencillísimo, pero que requiere la presencia de esos tres hombres, con un pretexto razonable que haga que ninguno de ellos pueda separarse de mi lado.

—Ahora se los presentaré. Están precisamente terminando de cerrar las llaves de paso porque ha acabado el suministro del *Chlaoud*.

Esperó el ingeniero a que terminasen, y entonces les llamó:

—Les presento al técnico en calderas, señor Kerval. Estos tres son los mejores, señor Kerval. El holandés Janers, el antillano Veiga y el francés Dupont.

Tras el intercambio de apretones de mano, añadió el ingeniero:

—Hay a bordo del *Chlaoud* una boca que cierra mal y los maquinistas no logran arreglarla. Le he prometido al señor Kerval que, con vuestra ayuda, esta avería quedará arreglada muy pronto.

—Seguro que sí —dijo el holandés Janers.

Los otros dos dieron una cabezada de asentimiento. Poco después, en una de las lanchas de la refinería, atracaban al costado del «carga» francés. El ingeniero adjunto de la refinería subió también a bordo para hablar con el maquinista jefe.

En el entrepuente estaban el comisario Volendam y Trudi.

Los tres mecánicos repararon prontamente la boca de entrada averiada, y el holandés miró sonriendo a Kerval:

—Ya está.

—¡Eh, eh! —gritó el antillano Veiga—. Han levado anclas y están en marcha.

El «carga» viraba lentamente hacia el sur.

—Se olvidaron de nosotros —comentó Kerval—. Bien, haremos un viajecito hasta el primer puerto.

—¿Cuál es el primer puerto? —quiso saber el francés Dupont.

—Se lo preguntaremos al maquinista. Oiga, amigo, ¿dónde vamos a efectuar la primera escala?

El jefe maquinista rio:

—Vamos directo a Dakar, amigos. Un viajecito de nueve días con sus noches, si no hay tormenta.

Y se alejó, silbando.

El holandés Janers con el rostro súbitamente congestionado, masculló:

—¡No le veo yo la gracia!

—El capitán puede prestarnos una lancha —opinó Dupont.

—¡Claro que sí! —estalló Veiga—. ¡No vamos a estar dieciocho días navegando en ida y vuelta por mares donde puede aparecer de pronto un submarino alemán!

—Los submarinos alemanes nunca atacan a un «carga» francés de los que se suministran en Flamingo —aseguró Kerval.

—¿No? ¿Y por qué no? —quiso saber Dupont.

—Porque saben que hay alguien en la refinería que se encarga de que en las calderas se introduzca una bomba de retardamiento.

—¿Eh? —gruñó Dupont—. ¿Una bomba dentro... dentro de las calderas de este casco?

Estaban los cuatro en el puente de la sala de máquinas.

Kerval se dirigió hacia una sala cercana de máquinas, donde al sentarse él, entraban los tres operarios precipitadamente.

—¡Oiga, Kerval! Tiene que hacer algo. No pretenderá que estemos aquí, mano sobre mano. Mi mujer me espera para almorzar —dijo Janers.

—Siéntense cómodamente, amigos. El capitán no botará ninguna lancha. ¿Por qué mira tanto su reloj, Veiga?

—Porque a esta hora debería estar tomando el aperitivo con mis amigos. Y ahora, ¿qué?

—Uno de vosotros tres, uno, es el que ha colocado en la «*pipeline*» número seis la bomba. Por lo tanto, uno de vosotros tres sabe exactamente a qué minuto estallarán las calderas del *Chlaoud*.

Río agriamente el holandés Janers:

—Mire, Kerval... La broma pasa de castaño oscuro.

—¿Es que tengo cara de bromear?

—Ya está bien que tengamos que pegarnos un viaje forzoso hasta Dakar para que encima nos largue historietas de explosivos.

—Lo malo de esta historieta es que cuando se compruebe que es cierto volaremos en pedazos por los aires.

—No exagere, caramba —masculló Janers—. Su humorismo maldita la gracia que me hace. Vamos al bar, Veiga. Te invito a un aperitivo. Hay que tomarse las cosas con filosofía, ya que no podemos regresar nadando.

Veiga se encogió de hombros, marchándose con el holandés. El francés Dupont miró fijamente a Kerval:

—¿Qué cuento es este, Kerval? Somos compatriotas. Yo soy un refugiado en Flamingo, y conseguí huir por milagro de Nantes. No me puedo creer que haya una bomba a bordo.

—¿Por qué no?

—Porque si la hubiera, no estaría usted a bordo.

—Es mi obligación. Otros muchos compañeros han sido despedazados a trocitos en anteriores viajes en otros «cargos» como este, de la ruta africana.

—¿Y por qué nos acusa a nosotros tres?

—No, a los tres, no. A uno de los tres. Vamos también a tomar el aperitivo, Dupont.

En el bar, Volendam se sentaba en una mesa con Trudi.

Kerval se dirigió a la ocupada por Veiga y Janers.

El antillano renegaba pintorescamente en voz baja. Rezongó el holandés:

—El capitán dice que no presta sus lanchas ni a la reina Guillermina. Que esto nos servirá de escarmiento. En realidad es usted el responsable, Kerval, de que estemos aquí ahora.

—¡Y el ingeniero que se marchó dejándonos a bordo!

—Tómenselo con calma, amigos. No hay otro remedio. Deberían estar jubilados por disfrutar de dieciocho días como mínimo de vacaciones pagadas.

Verdoso el semblante, el holandés se levantó yendo a acomodarse fuera, en la borda. Sus gruesas espaldas agitándose a espasmos demostraron que sufría de mareo.

El antillano volvió a mirar su reloj.

Comentó Dupont:

—¿Aquel no es el comisario Volendam?

—Esto parece —replicó Veiga.

El aludido se acercaba a la mesa.

—No sabía que iba usted a Dakar, amigo Dupont. Ni usted tampoco, Veiga. Parece que Janers no aguanta el balanceo marino. ¿Tengo el honor de conocerle, señor? —preguntó a Kerval.

—Yo sí tengo este honor. Siéntese, comisario. Me llamo, como sabe muy bien, Kerval. El *Deuxième Bureau* me envió a Flamingo para averiguar de qué medio se valía un agente al servicio de los alemanes, que llamaremos Fritz, para hacer saltar por los aires los «cargos» que salían de suministrar en la isla. Era como buscar un alfiler en un saco de virutas.

—Y tanto —aprobó Volendam, interesadísimo.

El holandés Janers había regresado a sentarse. Ahora estaba lívido, y bebió ávidamente la taza de café en la que echó dos píldoras proporcionadas por el camarero.

El antillano Veiga volvió a mirar su reloj.

El francés Dupont apuró con nerviosismo su segundo vermut.

CAPÍTULO XIII

—El primer paso que di fue lograr que los «cargos» franceses se suministrasen siempre en los mismos tanques. Y elegimos el siete de la refinería dos. Y que fueran siempre las mismas conducciones las que embocaran con los cargos. La *pipe-line* seis y siete, atendidas por dos equipos. El equipo compuesto por tres aquí presentes atiende la grifería de salida del tanque de la refinería. Y uno de estos aquí presentes, ha colocado hoy una bomba de explosión retardada en las calderas de a bordo.

—¡Es absurdo! —protestó el holandés Janers—. Usted estuvo con nosotros tres todo el tiempo.

—Diga mejor que usted sospecha, pero no sabe de quién —opinó el antillano Veiga—. O no estaría a bordo si supiera que de un momento a otro pueden estallar las calderas.

—No hago más que una especulación —expuso Kerval—. La hago sobre el instinto de conservación. Uno de vosotros tres, el Fritz en cuestión, sabe que al minuto X la bomba por él deslizada estallará en una caldera, convirtiendo este barco en un gigantesco volcán.

—Esto es completamente estúpido —opinó Dupont—. Si usted, Kerval, sabe que hay una bomba a punto de estallar, ¿por qué está a bordo, y por qué deja que siga el «cargo» navegando?

—Ya les dije que es mi obligación estar a bordo.

—¡Y un cuerno! —gruñó Dupont—. Usted sabe perfectamente que no hay ninguna bomba a bordo. Se limita a especular, acusando, sospechando y creyendo que voy a asustarme.

—¿A usted precisamente? Yo no pretendo asustarle a usted precisamente, Dupont, sino al Fritz, al agente alemán, que es uno de ustedes tres. La campanilla anunciando la pitanza, amigos. Vamos a hacer honor a la primera comida de a bordo. Coma, Janers, que así, con el estómago lleno pasará menos fatigas.

Volendam miró su reloj con inquietud creciente.

—Oiga, Kerval... Estimo demasiado fuerte su sistema y método.

Si hay una bomba a bordo, creo sería preferible decírselo al capitán y virar rumbo regresando a la isla. Allí detengo a estos tres, les interrogo y examinando sus antecedentes, llegaremos a buen puerto, sin estallidos.

—Parece que está usted algo inquieto, comisario.

—Bah... Todo eso son especulaciones del señor agente —dijo desdeñosamente el antillano Veiga—. Ni hay bomba ni hay otra cosa más que la imagi... ¡Eh, eh, Dupont! ¿Estás loco o qué?

El francés Dupont que había estado mirando el reloj del bar y de soslayo su cronómetro de pulsera, acababa de abrir los brazos violentamente.

A izquierda y derecha derribando al holandés Janers y haciendo tambalearse al comisario.

Todos se dirigían por el puente de babor al comedor, y el francés, asiéndose a la borda con rostro demudado, saltó al mar zambulléndose pesadamente.

—¡Hombre al agua! —gritó un tripulante reglamentariamente.

Kerval estaba ya en pie de un salto, sobre la borda. Saltó hacia el exterior en recio impulso.

A bordo del «carga», en un instante, todo fueron rostros asomándose por las bandas mirando al mar.

Vieron surgir la cabeza morena de Dupont, y poco después, casi al lado, la rubia cabellera chorreante de Kerval.

Uniéronse los dos hombres en un abrazo que no tenía nada de amistoso. Levantaban penachos de espuma.

Dupont, frenéticamente, trataba de desasirse del abrazo para alejarse del casco.

Varios cables y salvavidas cayeron alrededor de los dos hombres.

Kerval mantenía a Dupont por el cuello con un brazo, permaneciendo a sus espaldas, en la postura del experto nadador que pretende salvar a un náufrago.

Pero Dupont forcejeaba furiosamente, mirando con rostro rebosante de terror la mole del barco.

El puño diestro de Kerval se alzó y por dos veces chocó contra la sien de Dupont. El «carga» había parado máquinas, y los dos chorreantes nadadores fueron izados a bordo.

El capitán fue dando órdenes para alejar a los tripulantes, cuando Kerval, resoplando, advirtió:

—Van a linchar a este sujeto si oyen lo que hablamos, capitán.

Entre Veiga y Janers levantaron al desvanecido Dupont, conduciéndole a la sala donde solo quedaron con ellos Kerval y Volendam.

Trudi Vanbilt permaneció al exterior junto a la lucarna abierta.

—Ahí está la solución de este otro rompecabezas, comisario —dijo Kerval señalando a Dupont—. Este hombre sabía que la bomba iba a estallar minutos después que él se echara al agua.

—¿Y usted, cómo diantres sabía que una bomba... tenía que estallar?

—Cuando empecé a sospechar que la bomba causante de las explosiones de los cargos debía, seguramente, ser introducida a bordo por el único camino no vigilado, los tubos conductores del petróleo, conseguí del ingeniero adjunto de la refinería tres, que en lo sucesivo todos los cargos disidentes se suministraran por el tanque dos y con las *pipe-line* números seis y siete. Bajo el mar viajaba la muerte.

Trazó Kerval sobre la mesa dos rasgos.

—Usted, comisario, supongo conoce la estructuración de los tubos bajo el mar. Se conectan cada veinte metros por dos bocas herméticamente enroscadas. Aprovechando un momento en que no había paso de combustible, y de noche, con una lancha de grúa, ayudado por el ingeniero adjunto, saqué a flor de agua dos de las conexiones en cada tubo. Cuando volví a enroscarlas y depositarlas otra vez al fondo del mar, tenían ya una laminita cribada que, permitiendo el paso del combustible, detendría cualquier cuerpo voluminoso.

Volendam dejó ya de mirar su reloj y suspiró aliviado.

—Las cuatro laminillas que puse, dobles por si una se perforaba demasiado, tenían un remate vibrátil, fuera del enroscamiento, el cual con sus vibraciones señalaría la presión contra la lámina-reja de un cuerpo voluminoso y no líquido.

Cabeceó Volendam aprobando a la vez que comentaba:

—Llegué a tener cierto temor dado que los agentes del contraespionaje suelen ser bastante bestiales en sus procedimientos indagatorios.

—Sí, pero, no suicidas —y prosiguió Kerval—: Esta mañana, mientras los dos tubos llenaban el tanque del *Chlaoud*, uno de los

vibradores, en el tubo seis, señaló que había detenido el paso de un cuerpo voluminoso la bomba, que en estos momentos habrá ya estallado en el tubo seis.

—Vaya faena —masculló rencoroso el antillano Veiga mirando al Fritz-Dupont que iba reponiéndose.

—Estos dos tubos fueron servidos por Janers, Veiga y Dupont. Uno de los tres era Fritz. ¿Cuál? Era preciso que él llegase a creer que la bomba estaba en las calderas de a bordo. Ya tiene a su Fritz, comisario. Y en lo sucesivo todos los tubos de suministro tendrán sus vibradores, aunque ya no seré yo el que tenga que bucear, sino otro agente, para tener la seguridad de que ya no habrá más explosiones. Y ahora, no cabe duda que el capitán, con gran placer, nos prestará la mejor de sus canoas para que regresemos a Flamingo.

En la canoa, Veiga y Janers sentábanse uno a cada lado del amarrado Fritz-Dupont.

El comisario Volendam le había afirmado al agente nazi que un piquete holandés ejecutaría con gusto la sentencia de fusilamiento contra el desalmado sin escrúpulos que había enviado a la muerte a miles de marineros compatriotas suyos.

Trudi Vanbilt apoyada en el hombro de Kerval, susurró:

—Ya has terminado tu trabajo bajo el mar, Ker. Ahora libre, ¿qué piensas hacer?

—Ir a Nueva York.

—Gracias, Ker.

—¿Por qué?

—Porque así, juntos, hablaremos con James.

—Y también me interesa saber si Driscoll ha averiguado quién fue el inductor de los cuatro pistoleros que mataron a su amigo Waldo. Y por último, acerca más tu orejita.

Ella obedeció y el francés agregó:

—Por último... no volveré a besarte hasta que tú dejes de ser un juez rígido e intransigente con quien además de ser tu padre, si faltó a la ley, tenía sus razones que ya te serán explicadas, por quien corresponde.

CAPÍTULO XIV

Stuart Driscol estaba ya restablecido y podía caminar, ayudándose con una muleta, cuando el agente del OSS vino a comunicarle que quedaba libre de toda sospecha.

Y añadió el agente:

—Podría tener un buen sobresueldo, Driscol, si quiere ingresar como elemento nuestro, actuando en la isla Flamingo. Seguiría en lo mismo. Con su canoa, pero transportando pasajeros y siguiendo nuestras instrucciones. Le podemos ofrecer una prueba. Tres meses. A mil dólares.

—¿Qué tal estás, compañero? —rio Driscol, estrechándole la mano al agente—. Soy todo vuestro. Claro que allá en Flamingo tengo fama de pinta.

—Nos conviene que así sea, Stuart. Toma unos días de reposo, y cuando te pongas bien del todo, avísanos, que te daremos facilidades para el viaje de regreso a Flamingo. Ah, y el doctor Vanbilt es compañero nuestro. Le puedo avisar por teléfono que irás esta tarde a las cinco a tomar unas copas con él en su estudio. Toma la dirección. Te conviene verle. Trabajaréis juntos en Flamingo.

A las cinco de la tarde, Driscol penetraba en el modesto estudio número 67 de aquel rascacielos que contenía ciento ochenta estudios idénticos.

Ocupados por pintores, músicos, escritores y numerosos artistas y bohemios indefinibles.

Después que el doctor hubo felicitado a Driscol por «haber salido con bien», comentó:

—Ahora para usted todo está claro, Driscol.

—¡Qué va a estar ni mucho menos! Despaché a los cuatro pistoleros, pero el que estaba tras ellos y pagaba, es el culpable de la muerte de mi amigo Waldo. Y es al que pagó a los gatilleros al que quisiera yo conocer.

—Desde este mediodía pertenece usted al OSS como yo, Driscol.

Debemos posponer nuestros sentimientos personales a los del deber. Puede usted irse con el absoluto convencimiento de que Waldo será vengado, porque está a punto de caer el culpable.

—¿Quién es, *doc*?

—Mi hermano Nicholas.

—¡Sopla!

—Le prometieron que sería alguien muy importante en Holanda cuando terminase la guerra con el triunfo nazi, y Nicholas es orgulloso, es ambicioso y...

—¡Un asqueroso! Eso es lo que es. ¡Un asqueroso comediante criminal! ¿A qué esperan para meterle los calambres eléctricos?

—Esta noche en el Regents dan un concierto. Asistirá Nicholas y, sin duda alguna, el enlace nazi en Nueva York.

—¡Iré yo también!

—No. Se lo impedirán otros agentes. Compañeros, claro.

—¿Y por qué?

—Usted es muy impetuoso y lo echaría todo a perder. Se lo he comunicado para que pueda regresar a Flamingo, sabiendo que esta noche, aquí, en Nueva York, todo quedará solucionado. Cada paso de Nicholas ha sido discretamente controlado. Se cree él un genio superior, y está convencido que ha engañado a todo el mundo.

—¿Y su gas del demonio?

—Ha quedado a buen recaudo y en los laboratorios se buscará el antídoto. Hasta pronto, Driscoll. Nos veremos en la Casa Vieja.

* * *

Nicholas Vanbilt estaba orgullósísimo por las felicitaciones que, por dónde iba, llovían sobre él.

La Prensa le había hecho numerosas entrevistas y sus fotos aparecían por todas las revistas.

Se encontraba rodeado de personas que le halagaban sinceramente, en el vestíbulo del Regents, cuando vio algo que le hizo enmudecer, crispándole las facciones.

Su hermano Horace se acercaba.

Pidió permiso Nicholas y se alejó hacia el bar. Pero Horace vino a acodarse a su lado.

—Creo que no te interesará formar escándalo, Nick, y lo provocarías si pretendieras negarte a hablar conmigo. No le gustaría

a la gente saber que tu hermano es un exprocesado, cubierto de ignominia.

—¿A qué has venido?

—Me gusta como a ti, la buena música. Pero no temas. Me voy. Vine tan solo a decirte que regreso a Flamingo. Y por si nunca más hemos de volvernos a ver, que Dios se apiade de ti.

—Imbécil —murmuró Nicholas Vanbilt—. Siempre me has envidiado.

—Otro error tuyo, Nick. Te tengo pena.

—¿Pena de mí? No me hagas reír.

—Tu ambición desmedida había de perderte, Nick.

—¿Qué... qué quieres decir?

Los tres timbrazos anunciaban que el concierto iba a empezar.

Nicholas Vanbilt gruñó:

—¿Qué quieres insinuar, bribón?

—El concierto va a dar comienzo, Nick. La primera pieza es sublime: «La muerte del héroe». Tú pudiste ser un héroe, Nick.

El bar quedó desierto. Nicholas miró en rededor:

—Estás muy enigmático, Horace.

—Eres mi hermano, y juntos jugábamos de niños. Esto no se olvida fácilmente. Me despreciaste cuando me procesaron. Yo proporcionaba cocaína a la riquísima Berta, la mujer con la que pensaba casarme. Y para proporcionársela tenía que inyectar bromuro a las demás pacientes. Al morir ella, dijeron que su legado a mi nombre era para pagarme la cocaína que yo le vendía.

—¡Y así fue! ¡Deshonraste nuestro apellido! Ni sé siquiera por qué estoy aquí escuchándote.

—Entonces tú no quisiste atender a mi invitación a visitarme en la celda. A ti solo, a ti y a Trudi, os hubiera dicho la verdad que ante el tribunal no me hubiera absuelto, pero así me habría evitado que mi propia hija me despreciase. Pero te he perdonado, Nick.

—¿Perdonarme tú a mí?

—Fuiste rígido e intolerante. Inculcaste ambos sentimientos a Trudi. Pero yo no puedo ser intolerante y rígido contigo, Nick. Traiciono mi deber. Pertenezco a la Oficina de Servicios Estratégicos.

—¿El... OSS...? —murmuró el inventor, temblándole la voz.

—Estás descubierto, Nick. Te han permitido venir a Nueva York

para capturar al enlace nazi, a quién esta noche comunicarías lo que has averiguado en los laboratorios secretos, donde te dejaron entrar, para precisamente obtener este resultado. Cazar a tu enlace con los nazis.

—¡Estás loco...!

—Tu teléfono está intervenido, así como tu correspondencia. Has recibido esta mañana las dos butacas para el concierto. Tienes el número ocho de la fila cuatro, y en el número nueve de la misma fila está sentado el hombre, del que se tenían ya sospechas. Indudablemente, él lleva encima instrucciones, que hubiera cambiado por las confidencias que tú le habrías entregado, y que debes llevar también encima.

Instintivamente, Nicholas Vanbilt se llevó la mano al bolsillo superior de la chaqueta del smoking.

Después miró en rededor como una fierecilla acorralada.

—Huye, Nick, si puedes.

Saltó el inventor de su alto taburete, llevándose la diestra al bolsillo trasero del pantalón.

—¿Me estuviste espionando, bribón traidor?

Hizo un gesto brusco, extrayendo la pistola.

El doctor Vanbilt, con el vaso en la mano, ostentaba una honda tristeza en los ojos.

—Si disparas no podrás huir, Nick.

Retrocediendo, Nicholas Vanbilt, brillantes los ojos, encañonando a su hermano, gruñó:

—¿Te creíste más listo que yo, verdad, bribón? Ahora comprendo por qué viniste a Flamingo. La envidia...

—No has cambiado, Nick. De pequeños, cuando algo se rompía, yo pagaba y tú reías. Cuando hacías algo bueno, te esponjabas. Ahora sigues siendo igual...

Se interrumpió el doctor, porque su hermano estaba debatiéndose inútilmente entre los brazos de un atlético agente del OSS que, quitándole la pistola, y esposándole, decía secamente:

—Vámonos, inventor. Terminó ya su comedia. El otro actor está ya prisionero, y le hemos encontrado encima las pruebas que queríamos.

En la puerta aparecieron Trudi Vanbilt y Kerval.

Miraban al doctor. Y había algo raro, nuevo, en la expresión de

Trudi.

Kerval se adelantó:

—Estamos citados con James Clemens, doctor. Tengo que ir primero a hablar a solas con Clemens. ¿Quiere usted ser tan amable de entretener a Trudi durante media hora?

No supo Horace Vanbilt lo que pasó durante unos minutos. No vio marcharse a Kerval, ni vio cómo Trudi le cogía, diciéndole con voz sollozante:

—Tenemos... que hablar... doctor Horace. Tienes que contarme...

Solo vio que, por fin, la mujercita que le hablaba, mostrábase cariñosa.

—Hace siete años me enamoré de Berta, y ella me correspondía. Ella pensaba sufrir una dolencia nerviosa, pero era un cáncer. No tuve valor para decírselo. Le proporcioné cocaína, porque era el único medio de aliviarle el dolor. Hice mal ante la ley, puesto que para que ignorase que tenía el cáncer que la estaba royendo y matando, distraje para ella las dosis de cocaína recetadas a las demás pacientes. Murió, y entonces fue descubierto mi fraude. A mí ya no me importaba lo que pudiera sucederme. Ella había muerto, y salvo tu perdón, también para mí había muerto todo. No aludí a esto en el tribunal porque era de todos modos culpable.

—Pero... ¡lo hiciste por amor! Y no somos culpable de los actos que nos inspira el amor...

—Sí, hija, pero de nada hubiera servido ante el tribunal exponer mi sentimentalismo, incompatible con mi profesión. Después, quise que Nick y tú vinierais. No tienes culpa alguna, Trudi. Obedeciste a tu tío, y todo me acusaba. Hoy, veo que sabes ya que hay sentimientos que nos hacen olvidar de todo.

—Sí, padre... Yo me olvidé también de mi deber de lealtad hacia James. Pero ahora, tú y yo, ya no nos separaremos nunca. Porque Ker... consiente en que vivas con nosotros.

—¿Ker...? Vaya, vaya, hijita —sonrió el doctor, sorbiendo sin disimulo sus lágrimas—. No creo que James Clemens le llame tan cariñosamente a tu tritón.

* * *

En su piso, James Clemens esperó a que Kerval terminase su lacónica explicación.

Replicó con lenta e incisiva sequedad:

—En el fondo, no me coge de sorpresa. Cuando partí en el avión, y Trudi insistió en quedarse, comprendí que había perdido. Acaba usted de aludir a mi gran error el considerar y respetar en exceso a la mujer, estimando que nosotros los americanos necesitamos madurez. Es posible... Usted y yo somos de dos mundos distintos. Pero usted está en Nueva York, Kerval. ¿Y sabe la costumbre americana cuando un hombre se encuentra ante el que le roba la novia?

—Si siente deseos de romperme la cara, Clemens, reflexione antes que el principal culpable no está aquí. La culpa la tuvo la noche, los incidentes violentos, el despertar a lo real y primitivo...

—Lo primitivo es lo que voy a hacer.

Cuando Kerval abandonó el piso de Clemens, ostentaba un ojo amoratado, y en los muebles del americano había numerosas reparaciones por efectuar.

* * *

—Bienvenido, Driscoll.

—Buenas tardes, comisario Volendam. Todo está en orden, y vuelvo a dedicarme a la navegación por la isla. Pero hay algo que no consigo resolver.

—¿Puedo aclarárselo?

—El inventor estaba atado como nosotros, y los pistoleros parecían dispuestos a liquidarlo. Si usted no llega a enviar sus hombres, ¿qué habría pasado?

—Habría dado una falsa alarma cualquiera de los pistoleros, y ellos hubieran fingido huir. Así el inventor quedaba provisto de testigos que acreditarían que por un cabello escapó a la muerte. Tal vez, el doctor no hubiera escapado... Bien, allí asoma una Nereida ansiosa de ser devorada por su tiburón. El amor es lo esencial en la vida, Driscoll.

Nereida se acercó, contoneándose, al aventurero de Kansas.

—Hola, frescales.

—Hola, volcánica.

—Te fuiste sin avisar.

—Y vuelvo, ídem, ¿Es que hay algo escrito entre tú y yo, por ahora?

—¿Pensaste en mí, tiburón?

—Pues, sí. Eso es lo raro, caray. ¿Qué echan en el cine?

—«Mi novio está loco».

—¡Y tanto! Pero qué le vamos a hacer, ricura... Hay que rendirse ante la evidencia. Es sabroso estar tan loco como el propio amor.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España